



GUILLÉN DE CASTRO

EL AMOR CONSTANTE

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

GUILLÉN DE CASTRO

EL AMOR CONSTANTE

Los que hablan en ella son los siguientes:

El, REY

LA REINA
LA INFANTA (LEONORA)

NÍSIDA, dama

CELAURO, infante

EL DUQUE, padre de Nísida

LEÓNIDO

ROSELA, niña

UN MAESTRO DE DANZAR

UN MÚSICO

CUATRO GRANDES

UN PASTOR VIEJO

CELANDINO, criado

TRES CRIADOS

CABALLEROS que acompañan a la INFANTA y gente

Loa

No salgo a pedir que callen,
no a pedir silencio vengo,
que ya no se halla en España
ni en los más remotos reinos.
Ya en los alcázares sacros,
ya en los cristalinos cielos,
ya en los siete errantes signos,
ya en todos cuatro elementos,
ya en cuanto Telus ocupa
con su manto oscuro y negro,
ya en los astros luminosos,
ya en los palacios de Febo,
ya en los campos, ya en los prados,
ya en los lugares plebeyos,
ya en los más peinados riscos,
ya en los más desiertos yermos,
ya en las plazas, ya en las Calles,
ya en las ventas, ya en los pueblos,
ya en las fuentes, ya en los ríos,
ya en los jardines, ya en huertos,
ya ni en los cerúleos mares,

ya ni en casas, ya ni en templos,
ni en cuanto hay del Gange a Atlante,
ya no se hallará silencio.
¡Ah omnipotente fortuna,
y cómo es fácil tu crédito!
¡Ay cielo voluble y móvil!
¡Ay triste siglo del hierro!
¡Ay hambre sedienta de oro,
a cuántos hidalgos pechos
tu cruel maldad incita
a hacer negocios bien feos!
¡Ay vengativas discordias!
¡Ay pálido y torpe miedo!
¡Ay trabajos! ¡Ay desdichas!
¡Ay amor! ¡Ay duros celos!
¡Ay gran máquina del mundo!
Mas... ¡ay licencioso tiempo,
con qué ligereza pasas
y cuán veloz es tu vuelo!
¡Cómo encumbras al humilde
y humillas al altanero,
descasas a los casados
y cautivas los solteros!

Quitas mujer, das amiga.

Mas... ¿cómo es posible, tiempo,

que olvides discretos pobres

y quieras a ricos necios?

¡Ay silencio de mi alma!

Quédese a questo en silencio,

que yo callaré verdades

bien a costa de mi pecho.

Murió el silencio ya, en fin,

ya, en fin, el silencio es muerto.

Envidiosos le mataron,

que ¿a quién no mataran ellos?

Crédito, fortuna, amor,

trabajos, desdichas, celos,

oro, bien, necesidad,

discordia, maldades, miedo,

mundo, temor, cielo y tierra,

mujeres, máquinas, tiempo,

envidia, discretos, pobres,

casados, ricos y necios,

todos estos le mataron,

y a questo sé por muy cierto.

Y si queréis saber cómo,

estadme mi poquito atentos.

Cuando en descanso apacible,
en grave y profundo sueño,
en el silencio y aplauso
de la muda noche en medio,
los humanos dan reposo
a los miserables cuerpos,
cual si el licor de la Estigia
o el agua del río Leteo
los hubiera ruciado
ojos, sienes y cerebros;
cuando, al fin, descansan todos,
y yo solo triste peno,
por medio de una ancha calle
vi venir un bulto negro,
y entre un susurrar confuso,
algunos suspiros tiernos.
Detuve el paso, paréme,
harto temeroso el pecho,
inquieta el corazón,
erizados los cabellos.
Ya que estuvieron más cerca,
vi cuatro enlutados cuerpos
con grillos y con cadenas,

todos cargados de hierro.

Llevaban cuatro mordazas,

y al mísero son funesto,

mil tristezas, mil gemidos,

ansias, congoja y lamentos.

Sustentaban en los hombros

tina ancha tabla o madero,

traída del sacro Gárgano,

sin duda para este efeto.

Iba de diez mil heridas

un hombre pasado el pecho,

y en cada herida tina lengua,

y a un lado aqeste letrero:

Éstas me dieron la vida,

y aquestas lenguas me han muerto.

Era la noche tan clara,

cual si la aurora en el cielo,

con su lámpara febea,

luz diera a nuestro hemisferio,

de suerte que pude ver

todo lo que iré diciendo.

Iba al otro lado escrito

aqeste epitafio en verso:

Bueno me ha dejado el tiempo,

y para mejor decir,
con tiempo para morir,
y para vivir sin tiempo.
Llevaba un purpúreo lustre,
un hermoso rostro bello,
que le juzgara por vivo,
a no saber que iba muerto.
No pude saber quién era,
y deseando saberlo,
lleguéme más, y en la boca,
llevaba escritos dos versos:
Aquí yace mi ventura,
y aquí dio fin el silencio.
De una novedad tan grande
quedé admirado y suspenso,
y por saber lo que fuese
quise ver el fin postrero.
Fueron saliendo hacia el campo,
y al fin me salí tras ellos,
y entre unos sombrosos árboles,
de hojosas ramas cubiertos,
cuyas levantadas cimas
competían con los cielos,

adonde nace una fuente
y despeña un arroyuelo,
que con raudo remolino
hace un sonoro estruendo,
sobre una nativa piedra
pusieron el triste cuerpo,
y encima dél muchos ramos,
colocasia y nardo bello,
sagrado mirto y laurel,
y acanto florido en medio.
Y con yesca y pedernal
otros, encendiendo fuegos,
donde aplicaban olores,
quemando encienso sabeo,
al fin le dieron sepulcro,
y después de todo aquesto,
ocho funerales hachas
sobre el sepulcro pusieron.
No pude esperar a más,
porque ya iba amaneciendo,
y el ánimo no era tanto
que no le venciera el miedo.
Yéndome, pues, a mi casa,
vi llevar algunos presos,

por indicios desta muerte
condenados a tormento.
Vi que la justicia andaba
grande información haciendo
por saber quién le mató,
y nunca se ha descubierto.
Esto está en aqueste estado:
todos me tengan silencio,
porque el primero que hablare
he de decir que le ha muerto.

Jornada primera

Salen el Rey y la Reina, y un Criado con ellos.

REINA

Deja el pesar.

REY

Con dejarme

menor le harás.

REINA

Señor,

que algún consuelo...

REY

El mayor

para mí es no consolarme.

REINA

Pues ¿de qué tu rigor trata,

que mi consuelo no quieras?

REY

Al afligido de veras,

quien le consuela le mata.

REINA

¿Tanto te afliges? ¿De qué?

REY

(De no ver un ángel bello.) Bajo.

REINA

¿Qué tienes? ¿Puedo sabello?

REY

Por tu vida, no lo sé;

porque a resolver me vengo,

cuando me contemplo así,

que el mayor mal que hay en mí,

es no saber lo que tengo.

REINA

¿No lo sabes?

REY

Sé que muero

entre desdenes y enojos.

REINA

Vuelve e mirarte en mis ojos,

y verás tu mal.

REY

No quiero

verle ni miralle.

REINA

¿No?

En gracioso extremo das.

Algo te importara más

que no lo supiera yo.

¡Ah Rey! ¿Que no has de acabar

de andar en tan ciego error?

REY

De morir dirás mejor,

como tú de porfiar.

¡Qué de paciencia se gasta

en sufrirte!

REINA

Pues ¿qué haré?

REY

¿Qué me quieres? Dejamé.

REINA

Ea, no te enojés, basta.

Dame la mano.

REY

(¡Ah, demonio

para mí!)

REINA

¡Por vida mía!

REY

(Cortada te la daría Aparte.

por no verte. ¡Ah matrimonio,

cautiverio el más pesado!)

REINA

¿Quiéresme?

REY

Como al vivir.

(¿Que haya un hombre de mentir

para parecer honrado?)

REINA

Sabe el cielo que te adora

la que te enfada y porfía.

REY

(¡Ay dueño del alma mía!) Aparte.

REINA

¿Por quién suspiraste agora?

REY

Suéltame, ¿que aun suspirar

no me dejas?

REINA

¿Te he enojado?

REY

Suspiro, que me has cansado,

y he menester descansar.

REINA

¡Qué desengaños tan buenos!

¿Que al fin nace tu desdén

de que no me quieres bien?

REY

De mi desdicha a lo menos;

que yo quisiera adorarte,

porque sé que fuera justo;

mas la voluntad y el gusto...

REINA

Tienes, Rey, en otra parte.

REY

Tú lo dices, y es verdad.

REINA

¿Tal escucho? ¡Ay desventura!

REY

¿Puedo gozar, por ventura,

el gusto y la voluntad?

Llegado a considerar,

culpado no puedo ser.

Sin amor ¿puedo querer?

Sin gusto ¿puedo gustar?

A Nísida quiero, y muero

porque el alma no la quiera,

y a ti quererte quisiera,

y por eso no te quiero.

Mas el rigor de mi estrella

es tan infelice y fuerte,

que ni me deja quererte

ni que deje de querella.

Con esto, debes pensar,

porque mi mal no te asombre,

que no está en mano del hombre

el querer y el olvidar,

y que estoy de pena loco,

llamando la muerte apriesa;

y sabe Dios que me pesa

de no quererte.

REINA

No es poco.

REY

Esto que escuchando estás,

aunque el corazón te aflige,

con libertad te lo dije,

porque no me aflijas más.

Déjame morir. Si puedes

consolarme de otro modo,

gobierna mi reino todo,

gasta hacienda y haz mercedes.

Todo de ti lo confío,

y cuanto es mío te doy,

sitio a mí, que tal estoy,

que es cierto que no soy mío.

REINA

Bien desengañada quedo,

tan medrosa de enojarte,

mi Rey, que voy a mirarte,

y he de mirarte con miedo.

Ya que me dejas, advierte

que has de gustar de que pida

que no dejes a tu vida

en las manos de la muerte.

Esas entrañas esquivas

no lo han de ser para ti.

Vive, pues vives en mí,

aunque sin quererme vivas,

REY

No me llores, que no estoy

muerto aún.

REINA

No puedo más.

REY

Si lloras me matarás.

REINA

¿Que en nada gusto te doy?

Gran desdicha.

REY

Gran disgusto.

REINA

Agora, Rey, has de ver

lo que hago, por hacer

algo de que tengas gusto,

Id a la Infanta que venga... [Al Criado.]

(ya sólo para esto valgo)

porque podrá traer algo

con que a su padre entretenga.

Id al momento.

REY

No vais. [Al Criado.]

REINA

¿Por qué, Rey?

REY

¡Válame Dios!

Acabaréisme las dos,

si las dos me consoláis.

REINA

Id, y que venga con ella

Nísida.

Vase el Criado

REY

Su hermoso cielo

podrá darme algún consuelo.

REINA

Consolaráste con ella,

pues es tal tu desconcierto

que a esto pudo obligarme.

REY

¿El vella ha de consolarme,

Reina, si el vella me ha muerto?

REINA

Pues ¿más quieres que miralla?

REY

No, ni aun eso, sólo espero.

Que yo he dicho que la quiero,

mas no que quiero gozalla:

que, aunque es verdad que la adoro

sería muy mal eleto

perder a Dios el respeto

y perderte a ti el decoro.

REINA

Hubiérasme así obligado...

a no sospechar que mientes.

REY

De aquestos inconvenientes

este pesar se ha engendrado.

Sale un Criado.

REINA

¿Viene?

CRIADO

Lición de danzar

estaba tomando ahora.

REY

¿Quién?

CRIADO

La Infanta, mi señora.

REINA

Aquí la podrá tomar.

Entretendráse con danzas

el Rey. Que venga al momento

le dirás.

REY

Mi pensamiento

no es amigo de mudanzas.

REINA

Antes sí, pues se mudó

de un gusto que ya atropella.

REY

Es inconstante mi estrella,

y por eso lo soy yo.

REINA

Hacéis siempre a vuestro modo,

siguiendo injustas querellas,

y después a las estrellas

echáis la culpa de todo,

y hacéis al saber agravio,

pues vence su inclinación.

REY

Como en amor no hay razón,

no hay enamorado sabio.

REINA

Pues desafortunado, señor,

el hombre que amor tuviere,

disculpará cuanto hiciere

con decir que tiene amor.

De que lo digáis me río.

REY

Ése es pensamiento loco;

que no digo yo tampoco,

que fuerza el libre albedrío.

Antes a decirte vengo

que puede hacer y no hacer,

mas forzarse a no querer

por imposible lo tengo.

Salen la Infanta, Nísida, el Maestro de danzar, Músico y dos criados.

REINA

La Infanta viene.

INFANTA

Inmortal

es su amor.

NÍSIDA

Y mi desdén.

REY

(Y el ángel viene también,

que mi amor paga tan mal.)

INFANTA

Verá vuestra majestad

lo poco y mal que aprendí.

REY

Bastaráme verte a ti.

(¡Ay ingrata! Con la edad...

NÍSIDA

(De ti me aparten los cielos.)

REY

...va creciendo su hermosura.)

REINA

Déle el cielo más ventura

que a su madre.

REY

Y menos celos.

Y vos (abrasar me siento),

¿no os ocupáis en danzar?

NÍSIDA

No, señor, por no mudar

con los pies el pensamiento.

REY

No perdáis las esperanzas

de mudallo.

NÍSIDA

¿Cómo?

REY

Pues

el tiempo os enseña, que es

maestro de hacer mudanzas.

REINA

Daríá alguno por vellas.

Mucho, a fe, yo soy testigo.

NÍSIDA

Hartas ha hecho conmigo,

pero yo no pienso hacellas.

REY

(¡Ah cómo ahora le hablara Aparte.

si a solas hablar pudiera,

que quizá la enterneciera

si mis males le contara.

¡Ay Dios! que me siento arder

deste fuego que me toca,

mas tengo el agua a la boca

y no la puedo beber.

Que, por mi desdicha, amor

a esta pena me condena,

que es de Tántalo esta pena,

o la mía, que es mayor).

REINA

(Elevado está en miralla

como cosa milagrosa,

y ella, corrida y quejosa,

baja los ojos y calla.

¿Cómo puedo sufrir tal?

¿Que esto pase en mi presencia?

No tiene el alma paciencia

ni el sufrimiento caudal).

¡Ah, Rey!

REY

¡Ay cielos, señora,

cómo anduve descuidado!

REINA

¿Tan presto se os ha olvidado

de que ha de danzar Leonora?

REY

Ea, pues (duros enojos),

dance.

REINA

¡Qué mal danzarás,

si no guardas más compás

que le han guardado sus ojos!

Porque muy sin él miró

a su imagen o su estrella.

REY

Dejad de afligirme, y ella

dance mientras muero yo.

No aparta el Rey los ojos de Nísida mientras se danza.

CRIADO 1°

Bien danza.

CRIADO 2°

Cosa escogida

el compás, la ligereza.

CRIADO 1°

Pues ¿las cabriolas?

CRIADO 2°

Belleza

la mayor que vi en mi vida.

Pues ¿la niña?

CRIADO 1°

Es de manera

que me asombra.

CRIADO 2°

¡Cosa rara!

Cuando el reino no heredara,

por esto lo mereciera.

CRIADO 1°

¡Cuál está el Rey!, ¿no lo ves?

CRIADO 2°

Todo el tiempo que han danzado,

sus ojos no se han quitado

de la que sus ojos es.

REINA

(¿Que esté tan embebecido?)

¡Ya la danza se acabó!

REY

¡Oh, si me acabara yo,

cuán dichoso hubiera sido!

REINA

¿Qué tienes? Corrida quedo

de que no puedo agradarte.

¡Qué! ¿Nadie puede alegrarte?

REY

Con nada alegrarme puedo.

REINA

Cantará Nísida un poco

para suspender tu llanto.

NÍSIDA

Mil años ha que no canto,

ni tengo de qué tampoco.

Sin cuerdas el arpa está.

REY

No poco gusto me diera.

REINA

Si falta alguna tercera,

aquí está quien lo será,

pues ya, para prima, yo

no hago el son acordado.

REY

Si las cuerdas me han faltado,

Reina, la cordura no.

Y así, palabra te doy

que no hará que el seso pierda

ninguna tercera cuerda,

porque yo también lo soy.

No me tengas en tan poco.

REINA

Basta lo que me aseguras.

REY

Ésas son muchas corduras

para en presencia de un loco.

Porque esta melancolía

casi a ser locura viene.

NÍSIDA

Mayor mal dice que tiene

quien canta mal y porfía.

Por eso para cantar

el ánimo no me ayuda.

REY

Mal es de necias, sin duda,

cantar mal y porfiar;

mas otro nombre le den

al amor, que es inmortal,

porque no es de necios mal

porfiar y querer bien.

INFANTA

Cante, Sergio.

REINA

En hora buena.

NÍSIDA

Ninguno en eso le iguala.

REY

Que no es la música mala

para aliviar una pena.

El que crecella desea

no es bien que en eso repare;

cante, pues, lo que cantare,

muy melancólico sea.

Y no temple, porque es cosa

que nunca esperarla pude.

El cielo el alma te mude,

Nísida ingrata y hermosa.

MÚSICO

Sufrir agravios del tiempo, Canta.

entre paredes y rejas,

donde apenas entre el sol,

entrará cuando entre a penas.

Anochecer con el llanto

y amanecer con las quejas,

dando el valor de los brazos

a los ojos y a la lengua.

Tener a mil sinrazones

sujeta la causa dellas,

y una sola confianza

contra infinitas sospechas.

¡Ay cárcel fiera!

¿Qué sufrimiento basta a tantas penas?

Llora Nísida mientras cantan.

REY

(Lágrimas, mis luces bellas,

¡oh celestiales despojos!,

lágrimas de tales ojos,

y ¿quién puede merecellas?

Para el infierno de amor

¿fáltame otra cosa, cielos,

sino esta pena de celos,

que sin duda es la mayor?)

INFANTA

Buen tono y letra escogida.

REY

Y compúsola tan bien...

MÚSICO

Celauro, tu hermano.

REY

¿Quién?

NÍSIDA

(¡Ay Celauro de mi vida!

Saltos me da el corazón).

REY

(¡Qué tarde mi mal sospecho! Aparte.

Muchas destas habrá hecho

en quince años de prisión.

Si le quiere bien, yo muero).

NÍSIDA

(¡Qué mal he disimulado!)

REY

(Siempre el más interesado

sabe su agravio el postrero.)

Pero ¿sería posible

sólo haberte enternecido

de haber el romance oído?

(¡Ay celos, dolor terrible!)

NÍSIDA

(Mal disimula un cuidado

la extremada voluntad).

REY

(Daréle la libertad,

que nunca le hubiera dado,

y así a la sospecha mía

haré segura certeza

si descubro en su tristeza

efetos de su alegría).

Agora, libre, podrá

dar muestras de su contento

en sus romances.

NÍSIDA

¿Qué siento?

¿Es verdad que libre está?

REINA

¿Ya está libre?

REY

Sí, señora.

De los grandes obligado,

le libré, mas ha importado

estar secreto hasta ahora.

REINA

Pues desengañado estás,

aunque tarde, justo ha sido.

REY

El Duque a librarle ha ido.

NÍSIDA

¿Mi padre fue? ¿Yeso más?

(Corazón, que estás saltando

de placer, ¿si son quimeras?

Creo que sueño de veras,

o que lo escucho burlando,

y disimular podría).

REY

(Muerto soy, no son antojos,

pues lágrimas vi en sus ojos,

y agora veo alegría.

¡Qué de señales ha dado

de que al fin le tiene amor!

¡Cuántas veces el color

ha perdido y ha cobrado!

¿Será mi tormento eterno?

Pues si fui, puesto en balanza,

purgatorio en la esperanza,

ya soy en la pena infierno).

REINA

¡Ah, cómo el amor le niega

los sentidos a un amante!

Sale un Criado.

CRIADO

Agora llegó el Infante.

REY

¡A qué buen tiempo que llega!

NÍSIDA

(Cielo, favorable estrella,

¿es lo que escucho verdad?)

REY

(Pues yo le di libertad,

bien es que quede sin ella).

Salen el Infante [Celauro] y el Duque.

CELAURO

(¿Que veré su rostro bello,

sin que sus divinos brazos,

hechos amorosos lazos,

ciñan mi dichoso cuello?)

NÍSIDA

(Él es, poderoso cielo,

que viene, tras tanto afán,

menos mozo y más galán.)

CELAURO

(¿Hay mayor gloria en el suelo?

¿Si podré disimularla?

Más valor es menester

para no darla a entender

que para estar sin gozalla).

Vuestra majestad me dé

las manos.

REY

Sed bien venido.

CELAURO

Que en todo mi padre has sido.

REY

(Y tu verdugo seré.) Aparte.

Y los brazos quiero darte

CELAURO

Después de la bendición.

REY

(Pues en mejor ocasión Aparte.

servirán para matarte).

CELAURO

Ya la Reina, mi señora,

las pido.

REINA

Líbreos de daños

el cielo.

INFANTA

Infinitos años

tengáis libertad.

CELAURO

Leonora,

sobrina, Infanta, el sentido

con el gusto me ha faltado.

REY

(¡Qué presto se ha declarado!)

CELAURO

(Turbado estoy, y corrido.)

NÍSIDA

(Disimular con callar

quise).

REY

(Con mi agravio lucho).

NÍSIDA

(Mas quien disimula mucho

no sabe disimular).

REY

¿Hubo alguna novedad,

Duque, que pudiese vello?

DUQUE

Lo que hay podrá sabello

a solas tu Majestad.

REY

¿Será de pesar, por dicha?

Luego lo quiero saber,

por irme, para no ver

tan de cerca mi desdicha.

REINA

El cielo que esto permite

por lo que él solo ha sabido,

a ti te vuelva el sentido,

o a mí la vida me quite.

Vanse todos, y quedan Celauro y Nísida, y abrázanse.

CELAURO

Remedio de tantos daños,

placer que al alma enriquece,

claro día que amanece

en tinieblas de quince años.

Sol hermoso, alegre cielo,

cuyo divino arrebol,

como el cielo y como el sol,

luz ofrece y da consuelo.

¿Que te miro?, ¿que te toco?

Soñada será esta gloria,

así engaño la memoria

para no volverme loco;

pero ya la he merecido,

y que estoy loco confieso,

pues temo perder el seso

cuando lo tengo perdido.

¿No me respondes?

NÍSIDA

Y ¿cuándo

se vio más sabrosa calma?

Mi bien, regalos del alma

mejor se dicen callando.

Mas no te quejes de mí.

CELAURO

¡Ah celestiales despojos!

NÍSIDA

Ya te responden mis ojos

a lo que me dices; di.

CELAURO

¡Ah mi gloria!, no podré

sin estarles ofendiendo,

que yo su lenguaje entiendo

pero hablalle no sabré.

Y así, quedo descontento,

pongo al cielo por testigo,

pues con sentir lo que digo,

no les digo lo que siento.

Pero quiero suspender

esta gloria que me han dado,

pues quedaré disculpado

si la dejo por saber

lo que saber no he podido,

aunque más lo deseé,

donde sin barbas entré,

y con ellas he salido:

que éste, mi hermano cruel,

conmigo tanto lo estaba,

que aun lugar no me otorgaba

para leer un papel;

mas ya me ofrece lugar

el cielo en que pueda ser.

NÍSIDA

Mucho tienes que saber,

y yo mucho que llorar;

pero, pues te tengo a ti,

segura estoy de vaivenes.

CELAURO

Ya sin sentido me tienes.

NÍSIDA

¿Oyes mis desdichas?

CELAURO

Di.

NÍSIDA

Después que te vi en prisión

con el rigor que tuviste,

por una falsa sospecha,

que a tu valor contradice,

pues sabes como quedé,

puedes pensar lo que hice.

Llegó la hora del parto,

¡imagina qué terrible!,

con mi camarera sola,

muerta de ver afligirme,

oyendo mis sordas voces,

y el cielo mi llanto humilde;

que así las voces y el llanto

salían del pecho triste,

tragando algunos suspiros,

al secreto convenientes.

Pero entre tantas congojas,

nunca el alma donde vives

dejó de adorar la causa

de dolor tan insufrible;

y después de haberme visto

cerca de la muerte, vime,

dando mil gracias al cielo,

aunque fatigada, triste.

De un niño recién nacido

con lágrimas despedíme,

y una cruz le puse al cuello

de esmeraldas y zafires,

y la sortija, con ella,

del diamante que me diste,

diciendo, al dármele, que era

menos que tu pecho firme.

Y por aquella ventana

que hace vista a los jardines,

Claudia se la dio a Crisanto

en una cesta de mimbres.

Y como su nacimiento

prometió suerte infelice,

saber de Crisanto y él

jamás ha sido posible.

Quedé sin padre y sin hijo,

casi a punto de morirme,

y así pasé algunos años,

tan largos como infelices,

hasta tenellos peores,

que me pareció imposible;

porque el Rey, tu hermano, ha dado,

mi Celauro, en perseguirme,

tan ciego de sus antojos,

que sin concierto los sigue,

pues todo el reino los sabe

y todo el mundo los dice.

La Reina muere de celos,

no porque agravio le hice,

porque ruego al justo cielo

con su rigor me castigue,

poniendo en su hermoso sol

para mí un eterno eclipse,

la tierra no me sustente,

la mar sus aguas me quite,

sucedan para mi daño

los mayores imposibles,

no pueda verme en tus ojos,

ni tú en mis ojos te mires,

y véame en los del Rey,

que me agravia y me persigue,

que es la mayor maldición

con que puedo maldecirme,

si a ella ni a ti ofendí

en un cabello, una tilde,

en quince años que ha que faltas,

por lo que el cielo permite.

Que aunque cuando me dejaste,

apenas llegaba a quince,

en el destierro y en todo

puedo compararme a Ulises.

CELAURO

El cielo que nos ampara

quiso así, Nísida mía,

templar tan grande alegría,

para que no me acabara.

El perder un hijo siento,

mi gloria, como es razón;

mas la postrera ocasión

es de mayor sentimiento.

¿Y siempre el Rey persevera

sin que tu pecho se ablande?

Ese imposible tan grande

sólo de ti le creyera.

Porque soy de parecer,

mi Nísida, por tu vida,

que no hay ninguna querida,

que no se deje querer.

NÍSIDA

Luego ¿en mi ofensa acomodas

esos pareceres?

CELAURO

No;

que a ti el cielo te crió

muy diferente de todas

en belleza y en cordura.

NÍSIDA

Tarde a disculparte vienes.

CELAURO

Y hace adorar tus desdenes

el extremo de hermosura.

Ella hizo, siendo así,

él constante y tú cruel,

nuevos efectos en él

y nuevo milagro en ti.

Ya te enojabas.

NÍSIDA

Amigo,

cuando él llorando me nombra,

adorando estoy tu sombra.

CELAURO

No te enojés si te digo

que temo, no que sospecho,

lo que un rey podría hacer.

NÍSIDA

Él es rey, y tú has de ser

el que reinará en mi pecho.

De mí te puedes fiar.

¿Puede un rey...

CELAURO

De ti me fío.

NÍSIDA

...forzar el libre albedrío,

que Dios no quiso forzar?

Para dejar de quererte

sólo el morir será parte.

CELAURO

A ti poco es adorarte.

NÍSIDA

Bien puede darme la muerte.

Pero...

Desmábase.

CELAURO

Mi gloria, ¿por qué

esta mudanza?

NÍSIDA

¡Ay de mí!

Mi bien, a la muerte vi

al punto que la nombré.

CELAURO

¿Qué imaginación, qué daño

destos agujeros sospecho?

Esta vez, Nísida, has hecho

caso en ti no poco extraño.

Ea, los ojos levanta;

¿dónde tu valor está?

NÍSIDA

Verdadero ¿qué hará,

pues que imaginado espanta?

No son verdades dudosas

las que este extremo han causado.

CELAURO

Ya vuelve el color rosado

a las mejillas hermosas.

Sale el Rey.

REY

¡Cual me lleva el ansia mía!;

mas como en celos me quemo,

voy buscando lo que temo,

y hallo lo que temía.

NÍSIDA

El Rey viene.

CELAURO

Amargo punto;

¡qué mal hice en descuidarme!

REY

¿Hay más fuego que enviarme

en todo el infierno junto?

¿Cómo, desvergüenza tal

en mi palacio está bien?

CELAURO

Quedó a darme el parabién,

y hubiera de ser por mal.

Pues de uno, cuyos rigores

le quitaron el sentido,

casi muerta la he tenido.

REY

(Sería muerta de amores.)

Esta libertad es mucha;

pero, pues yo te la he dado,

yo solo soy el culpado.

No me repliques.

CELAURO

Escucha.

REY

No hables. Vos ¿qué decís?

¿Sólo para mí hay rigor?

¿Qué se ha hecho el santo honor

que alabáis y bendecís?

¿Agora tanta terneza?

NÍSIDA

Yo he de morir y callar.

REY

Quisiera hacerte apartar

de los hombros la cabeza;

pero por otro camino

más llano pienso obligarte.

Oye, Celauro, a esta parte.

CELAURO

(Ya mi desdicha imagino.)

REY

¿No soy tu hermano?

CELAURO

Está llano.

REY

¿Soy tu rey?

CELAURO

Y lo serás.

REY

Pues yo he de ver qué harás

por tu rey y por tu hermano.

CELAURO

Cuanto puede hacer un hombre,

por mi hermano y rey haré;

sin recelo emprenderé

imposibles en su nombre.

Gobernaré, como quiera,

del sol los rubios caballos,

y aun emprenderé a pararlos

en medio de su carrera.

A nado osaré pasar

todo el mar, y su agua es poca,

y mediré con la boca

cuanta arena tiene el mar.

En cualquier guerra trabada,

cual si fuera de diamante,

le pondré el pecho delante

a los filos de una espada.

Y sin muestras de tristeza,

por escusalle un cuidado,

con esta que traigo al lado

me cortaré la cabeza.

Y haré más, si puede ser.

REY

Bastantemente me pagas.

Mas ya no quiero que hagas,

sino que dejes de hacer.

CELAURO

(Sin duda mi mal es cierto.) Aparte.

Pues ¿qué tengo de dejar?

Hermano, dejar de amar

a Nísida.

CELAURO

(Yo soy muerto.)

NÍSIDA

(El daño que allí se esconde,

ya me le dice el amor;

perdido todo el color,

ni le mira ni responde).

¡Triste de mí!

REY

(¡Cuál quedó!

Mi mal la disculpa en todo).

CELAURO

(Bien mi desdicha acomodo.

¿Daré la palabra? No,

porque no la cumpliré,

si aquí a pedírmela viene.

¿Qué importa? Cumplir se tiene,

aunque forzada se dé...)

REY

De lo que dudas me espanto,

después de ofrecerme cosas

imposibles y espantosas.

CELAURO

Ninguna, señor, lo es tanto.

Las que te ofrecí, no niego,

como tu gusto las quiera;

manda que suba a la esfera,

donde me convierta en fuego,

y que pase el cuerpo solo

la furia del mar crecida,

y que con la boca mida

desde el uno al otro polo.

Que ponga el pecho a una espada

por guardarte a ti un cabello,

y que aquí me corte el cuello

con la que tengo empuñada.

Todo lo haré, y eso no.

Que hacer, señor, de manera

que a mi Nísida no quiera,

el cielo puede, y yo no.

REY

(Por el cielo soberano,

que me ha dejado corrido).

¡Oh, villano mal nacido,

mi enemigo, y no mi hermano!

¿Que tal a decirme ensayas?

NÍSIDA

(Colérico está ¡ay de mí!)

REY

¿Podrías irte de aquí,

como yo hacer que te vayas?

NÍSIDA

(¿Que le ruega arrodillado?)

REY

Vete, ¿qué esperando estás?

Y por fuerza, necio, harás

lo que pudieras de grado.

Vete.

CELAURO

(Si voy me destruyo;

pues quedarme he, a su despecho.)

REY

Vete (y probaré en su pecho

lo que no puedo en el tuyo).

CELAURO

¿Hay paciencia?

NÍSIDA

(¿Hay desventura

que mayores daños haga?)

CELAURO

(¿Daréle con esta daga

la muerte que me procura?

Es mi rey).

REY

¿Quieres probar

mi rigor, que ya se tarda?

¿No te vas? ¡Ah de la guarda!

CELAURO

(El ángel puedes llamar).

NÍSIDA

¡Ay Dios! ¿Por qué no te vas?

Piensa que quedo, señor,

tan segura en mi valor

como en tu presencia, y más.

CELAURO

Voyme, porque esta razón

remedia mi desatino.

(Mas llamaré de camino

quien le quite esta ocasión).

Vase.

REY

(Pues para el bien soberano

que ya el alma se promete

la ocasión me da el copete

y la fortuna la mano,

locura será esperar,

pues lágrimas y cuidado,

que en mil siglos no han bastado,

ahora no han de bastar).

Nísida, cierra los labios,

que muero de amor y celos.

NÍSIDA

Justicia guardan los cielos,

y no consienten agravios.

Quien tiene ventura corta,

séalo en todo.

NÍSIDA

Injusta ley.

REY

Y ¿es razón que muera un rey?

NÍSIDA

Si es tirano, poco importa.

Tu mal intento corrija

el cielo, pues tal ordena.

REY

Es del infierno mi pena.

Herido te ha tu sortija.

Sangre te pudo sacar.

Si es diamante, no te espante,

pues es cierto que un diamante

con otro se ha de labrar.

NÍSIDA

Mi sangre has visto, y el vella

no me ha sido de provecho;

más duro tienes el pecho,

pues no se ablanda con ella.

Mas ¿qué efetos...

REY

No des voces.

NÍSIDA

...hará en ti, duro homicida,

pues siendo tan conocida,

la ves y no la conoces?

Sale la Reina.

REY

La Reina viene.

REINA

¿A qué vengo

sino a ver?...

REY

...Un desdichado.

NÍSIDA

Por haber tanto callado,

confieso que culpa tengo.

Mas, pues llegas a ocasión

que el callar mi desventura,

como entonces fue cordura,

agora fuera traición,

lastímete el ver mi afrenta,

viendo en mi honor lo que pasa;

que mientras está en tu casa,

es cierto que está a tu cuenta,

y que el Duque, mi señor,

a mis desdichas ausente,

demás de ser tu pariente,

es en tu reino el mejor;

mi sangre también, por vella

en tu presencia verter,

que tuya debe de ser,

pues que tienes parte en ella;

y esta hermosura, aunque ha sido

ocasión destes enojos;

las lágrimas de unos ojos

que jamás te han ofendido.

Y de quedar ofendida,

a fuerza de mis razones

me quita las ocasiones,

o no me dejes la vida.

REINA

Mira en Nísida y en mí,

mis desdichas y tu enredo,

y juzga después si puedo

quejarme al cielo de ti.

REY

¿Cómo puedo eso juzgar?

Pues que sin juicio estoy,

tras mis antojos me voy.

Loco estoy, mándame atar.

REINA

En el discurso pasado,

si no es que mal se me acuerda,

el haber yo sido cuerda

pudiera tenerte atado.

Mas que esto mismo te dio

más libertad, imagino.

REY

Conozco mi desatino,

pero tu cordura, no.

REINA

No te disculpes tampoco

con publicar tu locura,

que es género de cordura

el conocer que estás loco.

Y culpa llega a tener,

que merece pena igual,

quien conoce que hace un mal

y no le deja de hacer.

REY

Mal sabes, Reina, el exceso

del rigor de mis tormentos,

pues con tales argumentos

quieres apurarme el seso.

A tan gran desdicha llego,

que, en mi amorosa conquista,

tengo del lince la vista,

y tropiezo como ciego.

Con ser de fuego mi aliento,

deja helado cuanto toca;

siempre yerro con la boca

lo que acierta el pensamiento.

Quiero mudar el querer,

y no hay cosa que le tuerza;

soy Alcides en la fuerza,

y vénceme una mujer.

En las desdichas que toco,

la causa porque me pierdo,

es que pienso como cuerdo

y procedo como loco.

Y por el Dios soberano,

que con esto me castiga,

que no miento, aunque te diga

que no está más en mi mano;

y así vengo, Reina, a estar,

aunque bien desengañado,

como el que juega picado,

que no se sabe dejar.

Como un valiente lidiando

con muchos, que, por no huir,

teniendo cierto el morir,

se arroja a morir matando.

Y, con el fuego sin tasa,

en que me siento abrasar,

como quien se arroja al mar

cuando la nave se abrasa.

Y vengo a determinarme,

pues son mis desdichas tales,

que por huir de mis males

he de morir o matarme,

si no es que en la boca veo

de la que fue mi homicida

una palabra fingida

con que engañar el deseo.

REINA

¿Que tan bien resuelto estás?

REY

Rabio y muero en sus desdenes.

REINA

Como tanta pena tienes,

por eso tanta me das.

Sin duda, Rey, que resulta

tu confuso desconsuelo

de algún juicio del cielo,

y tiene la causa oculta.

Y que, al fin, si una palabra

no dice con que engañarte,

¿has de morir o matarte?

REY

Tal furia en mi pecho labra.

REINA

Pues que se lo ruegue es justo;

que soy mujer, y mi amor

sin duda será mayor,

si ofendo por él mi gusto.

Nísida, el desdén reporta

en que tu enojo te ha puesto,

y da gusto al Rey en esto,

que a ti tan poco te importa.

Suspende su amargo llanto,

no des muestras de cruel.

Pues tus palabras en él,

aun fingidas pueden tanto,

y las mías, verdaderas,

en él tampoco han podido.

De veras esto te pido.

NÍSIDA

¿Para ofenderte de veras?

REINA

Poco ofende tus intentos

lo que fingido ha de ser.

NÍSIDA

Es muy de reyes querer

lisonjas y fingimientos,

pero yo no se las doy

por lo que mi honor señala.

¿Yo he de fingir que soy mala,

sabiendo que buena soy?

Tal cosa no ha de poder

conmigo vuestro interés;

que quien finge que lo es,

de veras lo viene a ser.

Que esta fe que al honor toca

la de Cristo ha de imitar,

que no la puede negar

el corazón ni la boca.

Pero de ti, que porffas

en eso, puedo quejarme,

pues en vez de consolarme,

doblas las ofensas mías.

Para obligarme a los daños

que con mi valor resisto,

¿qué libertades me has visto,

señora, en tan largos años?

Cuando te suplico más,

con lágrimas y razones,

que me quites ocasiones,

a más agravios las das.

REINA

Esa razón es tan fuerte,

que me ha dejado corrida.

Más ¿ha de quedar la vida

de un rey cerca de la muerte?

No es razón.

NÍSIDA

¿No? Pues ¿qué ley

puede obligarme en rigor

a que a costa de mi honor

sustente la vida un rey?

Y más la de un rey, o un hombre,

que a la razón dio de mano:

que a un rey, en siendo tirano,

pueden quitalle ese nombre.

REY

Ya es mi paciencia sobrada.

¿De honra blasonando estás,

sabiendo que tienes más

de atrevida que de honrada?

¿No sabes que llegué a ver

la que tienes? ¡Ah, traidora!

¿Honra nos vendes ahora?

NÍSIDA

Y mucha puedo vender.

Voyme. (Que algún testimonio

me ha de levantar sospecho).

Vase.

REY

Mas ya siento que en el pecho

se me reviste un demonio.

Del todo el alma está ciega.

REINA

Señor, ¿dónde quieres ir?

REY

Por no dejarme morir,

a tomar lo que me niega,

y pues de la honra se precia.

¿La vida le he de perder?

Déjame, que yo he de ser

Tarquino desta Lucrecia.

Vase.

REINA

Sin duda, pues no te ha dado

vergüenza mi obligación,

que tienes el corazón

más de infame que de honrado.

¿Es verdad que sus orejas

me oyeron, Dios soberano?

Mas, sin duda, de tu mano,

por castigarle, le dejas.

Salen el Rey, Nísida y el Duque, su padre, con la espada desnuda, deteniendo al Rey.

REY

¿Contra mí desnuda espada?

REINA

¿Qué veo, enemiga suerte?

DUQUE

No lo está para ofenderte,

que la rige mano honrada.

Nadie me puede culpar,

que nunca he sido traidor,

pero defendiendo el honor

que tú me quieres quitar.

Y por ser esto sin duda,

defiende mi calidad

una desnuda verdad

con una espada desnuda.

REY

Hola, criados. ¡Sin falta!,

que falta en vosotros ley,

pues en palacio un rey

os pide ayuda y le falta.

Salen algunos criados, y el Rey toma la espada del uno, y dale en la cabeza al Duque.

Pero mi brazo ofendido

tu justo castigo empieza.

DUQUE

Hiere, Rey, una cabeza

que de tu parte lo ha sido.

Que no la defiende yo,

porque conozcas así

que mi honor te defendí,

pero mi cabeza no.

Haz en ella a tu albedrío,

que mi honor te defendía,

porque si ella es tuya y mía,

el honor es sólo mío.

Sale esta sangre que ves

a darme honrados despojos,

porque viéndola tus ojos,

te acuerdes que limpia es.

¡Cómo quedara corrido,

a no estorbar tu inclemencia,

pues saliendo en tu presencia,

manchada hubiera salido!

Mira, y en ella verás

que puede mirarla Apolo;

que soy yo tal, que tú solo

el ser mi rey tienes más.

REY

Matalde.

DUQUE

¡Eso no, villanos!

REY

¿En mi cara tanta mengua?

DUQUE

Que para el Rey tengo lengua,

mas para vosotros manos.

REINA

Suspende, Rey, tan riguroso efeto,

movido de piedad.

NÍSIDA

Virgen sagrada,

sus canas y su edad ¿no os dan respeto?

Sale Celauro, desnuda la espada.

CELAURO

Pues tenelde al acero desta espada,

que vuestras vidas dejará difuntas,

de tantas sinrazones obligada.

REY

Dejad al viejo Duque, y todas juntas

volveldas contra el pecho de este infame,

adonde prueben sus agudas puntas.

CELAURO

El que eso hiciere, honrado no se llame,

y ninguno lo emprenda que no quiera

resbalar en la sangre que derrame.

Y tú, enemigo hermano justo fuera

darme la muerte a mí?

REY

Muerte merece

el que mi corte y mi palacio altera.

Y así, el castigo justo se le ofrece.

¡Matalde!

CELAURO

Si en tu tierra me condenas,

el mundo es grande...

REY

¿Nadie me obedece?

CELAURO

...y del injusto daño que me ordenas

me librarán los cielos soberanos,

y podré guarecerme en las ajenas.

No todo se gobierna por tus manos,

que reinos tiene el mundo y reyes tiene,

y no todos injustos y tiranos,

y posible será que el cielo ordene

que alguno, de mis lástimas movido,

tu parecer y tu rigor condene.

Entonces podrá ser que, un ofendido,

a esta tierra, de ti tiranizada,

triunfante vuelva, como sale huido.

Entonces, Rey, verás desenvainada

la espada de justicia, cuando quieras

ver de tus tierras mi pujante armada.

Porque verás de naves y galeras

cubierto el mar, y tremolar al viento

flámulas, gallardetes y banderas.

Entonces, Rey, con miedo y con tormento,

les faltará valor a tus cuidados,

como ahora les falta sufrimiento.

Pues cuando desembarquen mis soldados,

dando su acero al sol luciente y puro,

tus campos talen, roben tus ganados,

en tu palacio no estarás seguro,

donde agora tu gusto se regala.

Cuando entre tu ciudad, rompiendo el muro,

y no bastando arrojadiza bala,

porque el mundo esta hazaña me atribuya,

yo subiré el primero por la escala.

Entonces, cuando el cielo te destruya,

esta espada verás, tan limpia agora,

manchada de sangre, derramar la tuya.

REY

La tuya ha de verterse, que es traidora,

y por ver declaradas tus cautelas

hasta agora esperé, pero ya es hora.

La vida he de quitarte, si no vuelas.

CELAURO

Defenderéme, infames, entre tanto

que no pongo a un caballo las espuelas.

Vase Celauro, y el Rey le sigue luego.

REY

Moriré de congoja, cielo santo,

si yo mismo tras él no voy corriendo.

¡Llevad al Duque preso!

NÍSIDA

De mi llanto

se duela el justo cielo.

REINA

¿Qué estoy viendo?

De desdichada llevaré la palma.

DUQUE

Mi honor, hija del alma, te encomiendo.

NÍSIDA

Y yo al cielo la vida de mi alma.

Vanse todos.

Jornada segunda

Salen Leónido y Rosela.

LEÓNIDO

Y dime, Rosela mía,

¿solos papeles te dan

para el galán que te envía?

ROSELA

Lo que traigo te diría,

mas ¿si me azotan?

LEÓNIDO

No harán,

mi niña. Yo te daré

dos cintas para el trenzado.

ROSELA

Leónido, sabrás que

su misma cara me ha dado

para que le diese.

LEÓNIDO

¿A fe,

su retrato? Muestra, a vello.

ROSELA

Malos años, no haré tal.

LEÓNIDO

Yo te mando de coral

una sarta para el cuello.

ROSELA

Y ¿otras niñas me verán

con ella?

LEÓNIDO

Y hermosa y grave

por ella te llamarán.

ROSELA

Y ¿si mi madre lo sabe

y me azota?

LEÓNIDO

Qué no harán.

ROSELA

Tómala.

LEÓNIDO

¡Qué hermosa dama!

¿Su nombre acaso sabrías?

ROSELA

Nise o Nísida se llama.

LEÓNIDO

¿La que anda ha tantos días

en las lenguas de la fama;

por quien Celauro ofendido,

emprendió aquella jornada,

que tan infelice ha sido,

que en la mar perdió su armada

y en la tierra fue vencido?

¿Si es él el que está en su casa,

porque una infelice suerte

a mayores daños pasa?

ROSELA

No lo sé, lágrimas vierte,

y entre suspiros se abrasa;

de ordinario, el que le dije,

pobre infante, llora mucho.

LEÓNIDO

Siempre el alma se me aflige

cuando sus cosas escucho;

tú, niña, el hablar corrige.

ROSELA

No dije palabras tales.

Ya sé que este Bercebú

del Rey procura sus males,

y no todos dan corales

por saberlo, como tú.

LEÓNIDO

Esta imagen vuelvo a ver,

que sin duda es milagrosa.

Más es ángel que mujer.

¿Quieres hacer una cosa?

ROSELA

¿Tantas cosas he de hacer?

LEÓNIDO

Préstamele un rato.

ROSELA

¿El qué?

LEÓNIDO

Por tu fe, hermosa zagala.

ROSELA

Tanto harás, que te diré

que te vayas noramala.

LEÓNIDO

Rosela, yo te daré

una patena y, colgada

de las sartas, te estará

muy bien.

ROSELA

Y yo, desdichada,

iré a mi madre sin nada,

y azotaráme.

LEÓNIDO

No hará;

no digas que te la dio

esa dama, y puedes ir;

y en volviéndotela yo,

dásela, y podrás decir

que el dalla se te olvidó.

ROSELA

¡Con qué de cosas me obliga!

¿En efeto me has de dar

sarta y patena?

LEÓNIDO

Sí, amiga.

ROSELA

Voyme, pues lo ha de pagar

el envés de la barriga.

Vase.

LEÓNIDO

Dios te guíe. Aquí sentado

contemplaré esta figura.

¡Oh soberano traslado!

¿Qué tienes en la hermosura,

que entretienes el cuidado?

Con un tierno sentimiento,

que gloria del alma es,

te ha cobrado el pensamiento

un amor sin interés

y una pasión sin tormento.

De suerte el alma le siente,

que este amor, aunque inmortal,

que tengo a tu dueño ausente,

le imagina natural,

pues no le causa accidente;

no el deseo de inquieto

le causa, y es peregrina

la que produce este efeto,

pues como a cosa divina

le tengo amor y respeto.

Pondréte en el corazón,

pues solemnizan sus alas,

mi Nísida, esta ocasión;

con tu nombre las regalas,

sin duda que tuyas son.

De hoy más tendré por mi dueño,

a tu retrato, en tu nombre.

Sueño me da y no pequeño;

mas venturoso es el hombre

que sólo se rinde al sueño.

Sale la Infanta de monte, sola.

INFANTA

¡Que una corcilla herida

tenga ligereza tanta!

Corriendo vengo, y corrida,

más ligera que Atalanta,

y por ligera perdida.

Mi gente atrás he dejado

un cuarto de legua y más,

y un caballo he reventado,

que, de puro espoleado,

al viento dejaba atrás.

Allí está un hombre dormido.

Poca pena le darán

celos, ausencia ni olvido...

Y en su traje es muy galán.

El rostro no me ha ofendido,

ni erraré cuando le mire,

aunque a su esperanza aspire,

porque yo querría el hombre,

ni tan feo que me asombre,

ni tan bello que me admire.

Galán es, no hay que dudar.

Sus buenos hados le den

cuanto llegue a desear,

que yo no puedo negar

que me ha parecido bien.

Pero a mi valor, amor,

en esta ocasión le pones;

mas tú me le das mayor;

¿que quien no tiene ocasiones,

qué hace en tener valor?

Pero ¿qué en la mano tiene?

¿No es retrato aquello? Sí.

Burlarle ahora conviene,

pues uno que tengo aquí

tan al propósito viene.

Truécale el retrato.

Llamará mano cruel

la que le quitó el retrato,

y a su dueño poco fiel;

y yo tendré muy buen rato

si me conoce por él,

que sin duda a mí vendrá,

pues le dejo puerta abierta,

con la ocasión que le da

mi burla. Voyme, que ya

me parece que despierta.

Vase.

LEÓNIDO

Tente, espera. ¿Puede ser?

¿No es muy bueno? Que soñaba

que el corazón me arrancaba

la mano de una mujer...

Y antes me daba contento

que pesar. En un abismo

de confusiones me siento.

O me engaña el pensamiento,

o es éste su rostro mismo,

o es verdad que siempre sueño,

o estoy loco. ¿No tenía,

habrá rato harto pequeño,

un retrato, a quien decía

que era esclavo de su dueño?

Y ¿no le tuve en mi palma,

como mi alma, aquel rato?

¿Quién me deja en esta calma?

¿Quién me ha trocado el retrato,

y con el retrato el alma?

Tuve un tierno sentimiento

sin interés ni disgusto;

pero ya en el pecho siento

el interés, para el gusto,

y para el alma el tormento.

Imaginar es mejor

que es permisión de los cielos:

tal es del pecho el ardor,

que sólo me faltan celos

para entender que es amor.

Sale la Infanta y cuatro o cinco caballeros de acompañamiento.

CABALLERO 1º

...Y como te vi volar,

quité el rigor a la espuela.

INFANTA

Nunca alcanza, si no vuela,

el que procura alcanzar.

Tenlo por averiguado:

a más de uno ha sucedido,

volando, quedar corrido

de nunca haber alcanzado.

LEÓNIDO

¿Qué gente es ésta? ¿A qué, ahora,

me vinieron a estorbar?

INFANTA

Allí está. Yo he de gustar

de lo que me dice agora.

LEÓNIDO

El rostro que estoy mirando

¿no es el que en la mano tengo?

Casi a persuadirme vengo

que aun ahora estoy soñando.

Pero no. Imagino bien,

que estoy despierto. ¿No es cierto?

Mas, soñar y estar despierto,

suele suceder también.

¿Tengo sentido? ¿Estoy loco?

¡Con qué de ilusiones lucho!

¿No me hablo? ¿No me escucho?

¿No me miro? ¿No me toco?

Ni sueño ni estoy dormido,

cierta esta gloria será.

INFANTA

Gusto de ver cuál está,

elevado y suspendido.

CABALLERO 1º

¿Qué hace aquí aquel villano?

INFANTA

Dejalde, que bien se emplea.

CABALLERO 2º

Con la vista se pasea

desde tu rostro a su mano.

CABALLERO 3º

¡Oh, qué gentil bobarrón!

CABALLERO 4º

Loco sin duda será.

CABALLERO 1º

¿No le miras cuál está?

Llega a darme un pescozón.

Dale un pescozón.

CABALLERO 3º

Señor tonto, sobre amante,

ahora te volverás.

Que siempre caen atrás

los que no miran delante.

LEÓNIDO

(Si el agravio que me toca

no vengo con estos brazos,

arrojaré, hecho pedazos,

el corazón por la boca.

¿Cómo mi rabia infinita

con esta gente no cierra?

Pero las venganzas yerra

el que así las precipita.

Si espada no traigo al lado,

el matarme será cierto.

¡Qué bueno quedaré muerto,

y sobre muerto, afrentado!)

INFANTA

¡Que le den esta ocasión,

y venganza no procura!...

Mal empleada hermosura.

CABALLERO 4º

No aprovecha la lición.

INFANTA

Viendo un cobarde ofendido,

más necia que él he quedado;

que no puede ser honrado

hombre que no es atrevido.

LEÓNIDO

(¡Oh, que buena traza es

la que a mi afrenta acomodo!)

¿Piensan que lo saben todo?

¡Si me conociesen, pues...!

Luego verán claro indicio,

si me quieren escuchar,

de que en todo este lugar

no hay hombre de más juicio.

¡No es tan agudo y tan pronto

el hijo del sacristán!

INFANTA

Él es tonto y es galán,

que viene a ser galán tonto.

CABALLERO 1º

Bello animal ¿qué hacer sabes?

LEÓNIDO

Si puedo, yo os lo haré ver.

CABALLERO 1º

¿Qué sabes hacer?

LEÓNIDO

Sé hacer

cosas sutiles y graves.

Si me diesen una espada,

maravillas aquí haría.

INFANTA

Dénsela, por vida mía.

CABALLERO 1º

Vesla aquí desenvainada.

Debe ser volteador.

LEÓNIDO

¡Favor, cielo soberano!

Pero no hay cobarde mano

si la gobierna el honor.

Agora que puedo, y pago

mi agravio y vuestro desdén,

veréis, pagándolas bien,

las maravillas que hago.

Y tú, que los acuadrillas,

toma el primero.

CABALLERO 3º

¡Ay de mí!

LEÓNIDO

Maravillas ofrecí,

y pienso hacer maravillas.

INFANTA

Eso sí, muera tu afrenta,

joven gallardo, en sus vidas.

Que yo ponga esas heridas,

pues tú las das, a mi cuenta.

(¡Qué gusto que da miralle!

Con razón me daba espanto,

ver que desdijese tanto,

el corazón con el talle).

Voces dentro.

VOCES

¡Sergio, Claudio, Anteo!

CABALLERO 1º

¡Espera,

probarás nuestro rigor!

CABALLERO 3º

¡Muera el villano traidor!

INFANTA

No es traidor, ni es bien que muera.

Muchos sobre él han cargado,

valdréle en esta ocasión.

CABALLERO 3º

¡Al león, guarda el león!

Sale un león.

INFANTA

¡Ay Dios!

Sale Leónido, con la espada desnuda.

LEÓNIDO

¿Sola te han dejado?

Detente, espera.

INFANTA

No puedo

dejar de dar a los pies.

Este miedo que en mí ves...

LEÓNIDO

Espera, no tengas miedo,

muestra el pecho descuidado;

que, pues me ha esforzado el verte,

al león daré la muerte

por el miedo que te ha dado.

Porque veas que soy hombre

que de león tengo el ser,

pues le viene a parecer

así el pecho como el nombre.

Éntrase el león, y Leónido tras él.

INFANTA

Gallarda resolución,

desenvoltura extremada:

a tu amor, como a tu espada,

ha de rendirse el león.

¡Cuán sin miedo ni embarazo

furioso le ha acometido!

Por la boca le ha metido

toda la espada hasta el brazo.

¿Qué cielos fuerzas te dan,

y qué humanos no te adoran?

Si estas cosas no enamoran,

¿qué otras algunas podrán?

Vencida estoy, no hay dudar,

quiérote como al vivir;

mas ¿quién no se ha de rendir

viéndote herir y matar?

Y estimaré que me quieras,

esto está puesto en razón,

porque hombres de veras son

para queridos de veras.

Sale Leónido, y arrodíllase ante la Infanta.

LEÓNIDO

Si alborotando tu gente,

te ofendí, y no te ha quitado

aquel enojo pasado

este servicio presente,

la espada y el pensamiento

rendidos pongo a tus pies,

porque esta sangre que ves

les ha dado atrevimiento;

que ella tiene algún valor,

porque de un león ha sido,

y, por haberse vertido

por ti, le tiene mayor.

Y si, en empresa tan alta,

que a las mayores excede,

el que la tiene no puede

suplir al que ánimo falta,

mezclárase con la mía,

y algún valor le dará,

pues, contemplándote, ya

la siento en mis venas fría.

¡Qué soberana hermosura!

Pues los cielos soberanos

ponen mi vida en tus manos...

INFANTA

Para tenella segura.

LEÓNIDO

Y aunque me venga a faltar

la vida, el alma y el seso,

que estoy turbado confieso.

Pero ¿quién no lo ha de estar?

De verme así no te asombres,

pues fue tu belleza parte.

INFANTA

Has vencido sin turbarte

un león y tantos hombres,

y ¿una mujer pudo hacer

tanto en ti? Mucho me admiro.

LEÓNIDO

Y si a todo el cielo miro

cifrado en una mujer

bien quedaré disculpado,

pues viendo cosa tan rara,

menos discreción mostrara

si no me hubiera turbado.

Perdona, si mis razones

te ofenden.

INFANTA

Puedes decirme

cuantas quieras, y pedirme

premios, en vez de perdones.

Póstrase a besarle los pies.

LEÓNIDO

Dame.

INFANTA

Levántate, amigo.

LEÓNIDO

Dulce nombre, Si lo fuera.

INFANTA

(¡Quién levantarte pudiera

hasta igualarte conmigo,

que no dudara en tenerte

por amigo verdadero!

Con todo, honor, yo le quiero,

aunque no para ofenderte).

Amigo...

LEÓNIDO

¿A qué gloria vengo?

INFANTA

¿Cómo es tu nombre?

LEÓNIDO

Señora,

por el que me diste agora,

pienso en negar el que tengo;

pero solían llamarme

Leónido.

INFANTA

¿Yeso más?

¿No leónido serás,

sino venido a matarme?

Y ¿eres hijo? (¿Cómo asiento

a mi libertad daré?)

LEÓNIDO

Lo que supe te diré

de mi humilde nacimiento.

Tuve a la tierra por Madre,

y en este valle nascí,

y el valor que siento en mí

tengo, agora, por mi padre;

porque, según los alientos

tus favores me han dejado,

pienso que me han engendrado

de nuevo mis pensamientos.

Que aunque guardé en este llano

un ganado, quedar quiero

de sólo el nombre heredero,

pues de perdido me gano.

INFANTA

¡Discreto sobre valiente!

¿Esto esconden paños tales?

Mas los bienes naturales

se alcanzan naturalmente.

Gusto de saber tu historia,

y más te hubiera escuchado,

mas el día apresurado

su curso acaba.

LEÓNIDO

Y mi gloria.

INFANTA

Habrásme de acompañar

a mi casa de placer.

LEÓNIDO

De fuerza lo habrá de ser,

siendo tuya. (Preguntar

quise quién era y no osé).

INFANTA

(Mi amor de límites pasa).

LEÓNIDO

(Pero, pues voy a su casa

sin preguntar lo sabré).

Poco acompañada irás

con sólo mi compañía.

INFANTA

Con menos gente venía,

pues tú solo vales más.

Vanse. Sale Celauro, de denoche.

CELAURO

Confiésote, noche oscura,

con quien mil veces me alegro,

que, como tu manto negro

lo está más con mi ventura

agora de horrores vistas

mi afligido corazón.

¡Ay Dios, que agüeros tan tristes,

que anuncian mi perdición!

Con ellos me he tropezado:

de un perro los aullidos

me han turbado los sentidos,

y todo junto asombrado.

Para el ansia con que vengo

de recelar y temer,

confieso que he menester

de todo el ánimo que tengo.

Pues no suelo ser cobarde,

¿yo temores y yo espanto?

Mas el ver que temo tanto

me avisa de que me guarde.

Tal estoy, que si no fuera

que soy fiel amante en fin,

y la pared del jardín

he saltado, me volviera.

Pero de mí el temor huya;

que por Nísida querida

aventuraré una vida,

que la estimo por ser suya.

De las pruebas que su amor

ha hecho en mi pensamiento,

es ésta una, y no miento

si digo que es la mayor.

Sale Nísida por otra puerta.

NÍSIDA

¿Si habrá mis ojos llegado?

CELAURO

¡Oh, agüeros! No puedo veros,

que siempre sois verdaderos,

cuando un hombre es desdichado.

NÍSIDA

¡Qué oscura noche, qué fiera!

Siempre le espero con sustos.

¡Qué caro compra los gustos

quien, como yo, los espera!

CELAURO

¿Si es Nísida la que oí?

NÍSIDA

¿Si es Celauro?

CELAURO

Cierto, es ella.

En viendo mi clara estrella,

todo es cielo para mí.

Ya el miedo quitó la venda

a mis temerosos ojos,

ya no temo sus enojos,

ya no hay cosa que me ofenda.

NÍSIDA

¿Es posible que te veo?

Dame, amigo, mil abrazos

porque mueran en tus brazos

los temores y el deseo;

porque deseo y temores,

Celauro del corazón,

desde que ha que tuyos son,

nunca se han visto mayores.

CELAURO

Pues ya me tienes aquí,

y tan lleno de alegría,

deja la melancolía.

NÍSIDA

Si ella me dejase a mí.

¡Ay mi bien!

CELAURO

¿De qué suspiras?

¿Cómo con tal desconsuelo,

después de mirar al cielo,

vuelves llorando y me miras?

Tú me quieres acabar.

NÍSIDA

No, mi Celauro querido,

una niñería ha sido.

CELAURO

Y ¿ésa me quieres negar?

Y ¿niñería entristece,

mi vida, tu rostro bello?

NÍSIDA

Es lo peor que hay en ello,

que a mí no me lo parece.

CELAURO

Di lo que es, de ti me quejo.

NÍSIDA

De vergüenza te lo callo;

tocándome sin tocallo,

se me ha quebrado el espejo.

CELAURO

Pues ¿eso te da cuidado?

NÍSIDA

Y ¿no es justo me aflija?

La piedra desta sortija,

sin dalle golpe, ha saltado.

CELAURO

(¡Cómo dicen con los míos Aparte.

estos agüeros, ay triste!)

No creas, si lo creíste,

semejantes desvaríos.

Toma esta sortija, y yo

ésa llevaré, señora.

¡Ay cielos!

NÍSIDA

¡También ahora

la piedra désta saltó!

CELAURO

¿Quién no siente, como siento,

señales tan prodigiosas?

NÍSIDA

Mira, amigo, si estas cosas

bastan a dar sentimiento.

Celauro, ¡qué desventuras

mi suerte infelice ordena!

CELAURO

¿Quieres matarme de pena?

¿En agüeros y en locuras

crees, y con tanto extremo

que te tienen dese modo?

NÍSIDA

No las creo yo del todo,

pero del todo las temo.

¡Soy desdichada!

CELAURO

¿También

con esto afligirme quieres?

Porque pienso que lo eres,

pues a mí me quieres bien,

que tengo culpa confieso

en que estés de esa manera.

NÍSIDA

Mi desdicha no temiera,

a no ser dichosa en eso.

CELAURO

Y el haberme a mí culpado

ha sido ignorancia mucha;

porque hombre que tal escucha,

no puede ser desdichado.

¿Quién ha de romper los lazos

de nuestros dichosos cuellos?

NÍSIDA

La muerte podrá rompellos.

¡Bien haces en darme abrazos!

CELAURO

¿Qué dices?

NÍSIDA

Que tus agüeros

no se cansan de acordarme,

mi Celauro, que has de darme

esta noche los postreros.

CELAURO

Sin duda tu voluntad

la muerte me da por paga;

daréme con esta daga,

y habrán te dicho verdad.

Pero tú a matarme aspiras,

ofendiendo al corazón,

pues en cualquiera razón,

una saeta le tiras.

¡Vida que el alma regala!

¿Sola, quién puede mirar

estrella, que, a mi pesar,

tantas ruinas señala?

Si no quieres que estas vidas

venga la tierra a tragar,

o que las anegue el mar

de las lágrimas vertidas,

o que el fuego en que me quemo

suba donde el llanto subes

o engendren rayos las nubes

para que me arroje el cielo,

o que el pecho, al daño abierto,

despida la sangre roja,

o que muera de congoja,

que esto será lo más cierto,

no consientas ni permitas

que te vea como estás,

esta vida que me das,

que es la misma que me quitas.

No estés, ángel, desafortunada,

que es afligirme y morirte.

NÍSIDA

No es deseo de afligirte,

sino miedo de perderte.

CELAURO

Deja ahora esas porfías,

muestra claro tu arrebol.

Enjuga, pues eres sol,

tus lágrimas y las mías.

NÍSIDA

¡Ay Dios, qué miedo me ha dado!

Hacia allá siento ruido.

CELAURO

Las fuerzas, con el sentido,

en un punto le han faltado.

A su aposento he de entrar,

-¡A cuántas desdichas llego!

pues de la noche el sosiego

me da ocasión y lugar.

¡Dichoso e infelice amante,

pues con suerte mala y buena,

soy infierno de mi pena,

como de mi cielo Atlante!

Éntrala en los brazos, y sale Leónido de denoche.

LEÓNIDO

Atrevido pensamiento,

que alcanzáis dichosa palma

¿por qué sois ingrato al alma,

pues volastes con su aliento?

Con las alas de mi fe

tan alto venís a estar

que ya no os puedo alcanzar

yo mismo, que os levanté.

Gente suena por allá:

tres hombres, si no me engaño,

se han parado. Caso extraño.

Y tan tarde, ¿qué será?

Sale el Rey y dos criados de denoche.

REY

¡Qué inmortal desasosiego

me aflige! Pero ¿qué ley

sufre que le quite a un rey

un rapaz desnudo y ciego?

LEÓNIDO

Otro hombre viene, ¿qué es esto?

Sale Celauro

CELAURO

De mis desdichas me admiro.

REY

¿Es verdad que a un hombre miro,

y a tal hora, en este puesto?

CELAURO

Esta gente a mí me espera;

mas ya en la ocasión estoy.

CRIADO 1º

¿Quién vive?

CRIADO 2º

¿Quién es?

CELAURO

Yo soy.

REY

¿El Infante? Dalde, muera.

CELAURO

¡Aquí, cielos soberanos,

defended a un ofendido!

REY

A mis manos has venido,

y has de morir a mis manos.

LEÓNIDO

¿El Infante? Ahora sí,

pues en serville me empleo,

he de lograr un deseo

que ha mucho que vive en mí.

Éntrase en seguimiento de todos, y dice dentro.

¡Mueran, señor, los traidores!

CRIADO

¡Líbreme Dios de tu furia!

Sale el Rey, y cae, y Leónido sale luego y va a darle.

REY

Hasta la tierra me injuria.

Son del cielo sus rigores.

Darme en tierra es villanía.

Sale Celauro.

CELAURO

No le mates, no le des.

LEÓNIDO

¿Y acometer a uno tres

fue gran prueba de hidalguía?

CELAURO

Detente.

LEÓNIDO

Por su vileza

ahora matarle quiero.

CELAURO

Antes a tu golpe fiero

daré el pecho o la cabeza.

El Rey es.

LEÓNIDO

¡El Rey! Perdona,

a tus pies estoy rendido.

CELAURO

Y yo, hermano, aunque ofendido,

sé conservar tu corona.

Arrodíllase.

Permítelo el cielo santo,

porque en tan buena ocasión

ese duro corazón

se enterezca con mi llanto.

No quiero darte disculpa,

que no hará mi causa buena

pedir perdón de la pena

y estar negando la culpa.

Digo que soy un abismo,

que es la disculpa mayor;

aunque los yerros de amor

los disculpa el amor mismo.

Y si, a mi yerro pasado,

no hay disculpa que le cuadre,

basta ver que de tu padre

soy un hijo desdichado;

y, que así, a pedir vengo

de sus manos generosas

perdón, que por estas cosas

le merezco, si le tengo.

Y, cuando mi gusto apruebes,

dame a Nísida querida,

que es mi vida, por la vida

que, como has visto, me debes.

Y si no ofrece perdones

tu pecho, de endurecido,

por no haberte enternecido

lágrimas y obligaciones,

toma y viértase a porfía

esta sangre que deseas,

y verás, cuando la veas,

que es tan tuya como mía.

Y dirán que el pecho fuerte

de un tirano fratricida

porque le he dado la vida,

me ha pagado con la muerte.

REY

Bien pudiera perdonarte,

pues tu parecer apruebo,

mas confieso que te debo,

y que no puedo pagarte,

pues de tu ofensa maldita,

ese proceder honrado,

la obligación me ha quitado

y la rabia no me quita.

Ya sé que si se derrama

tu sangre por ti en mi mengua,

nadie negará la lengua

a la boca de la fama.

Pero aunque infame me llame

el mundo por no guardalla,

a trueco de derramalla,

tomaré el nombre de infame.

Dale a Leónido la espada de Celauro.

Dale tú, por vida mía,

la muerte con esta espada.

Será mi honra restaurada.

LEÓNIDO

Harto villano sería.

CELAURO

¿De qué Nerón, o otros tales,

esto se escribió jamás?

Dame la muerte, y darás

fin con ella a tantos males.

LEÓNIDO

Viendo que la muerte ofreces

a quien la vida te ha dado,

aunque rey te hayan llamado,

a mí no me lo pareces;

y pues lo dudo, bien sé

que tu crueldad mereciera

que a ti la muerte te diera,

que me mandas que le dé.

Mas con ver tu injusto trato,

tan poco en él te parezco,

que a injusto rey no obedezco

y a rey en duda no mato.

¿Con qué corazón te plugo,

de dos que te dan la vida,

ser del uno fraticida,

y hacer al otro verdugo?

Honrado oficio me das

porque no te di la muerte.

Si tú pagas desafortunada...

¡fieles vasallos tendrás!

Si eres, como dices, rey,

¿es muy bueno que los reyes

nos pongan y quiten leyes,

y no sepan guardar ley?

Al que estas leyes pregona,

merecería por ello

que se le bajase al cuello,

a ser lazo, la corona.

Pero aunque yo te condene,

seguro puedes estar

que no te podrá ahogar,

porque muy ancha te viene.

Por ella puedes volver,

si a lo que es justo se ajusta;

porque no viniendo justa,

está cerca de caer.

Esto sí que es razón que apruebes,

y no ser tan inhumano

con un hombre que es tu hermano,

y el mismo a quien se la debes.

CELAURO

(El cielo le habrá enviado

a valerme).

REY

¡Oh fementido!,

pues entre ovejas nacido,

y en estos montes criado,

¿me vienes a reprender?

Si el oficio no te plugo

de verdugo, y soy verdugo,

tuyo y suyo lo he de ser.

Pasaré con esta espada

ese pecho.

LEÓNIDO

Eso sería

a no tener yo la mía

a su defensa obligada.

Cobra Celauro la espada.

Tente, Rey.

REY

¿Tienesme en poco?

CELAURO

Pues ésta volvió a mi mano,

¿mataré a este rey tirano?

LEÓNIDO

Ni eso sufriré tampoco.

Tú con el nombre le amparas.

CELAURO

¿Tú le defiendes? ¡Afuera!

LEÓNIDO

Nunca yo le defendiera,

si nunca tú le nombraras.

REY

¿Que me sirva de embarazo

un villano desta suerte?

CELAURO

Déjame darle la muerte.

LEÓNIDO

Ninguno levante el brazo

ni pretenda ser cruel,

mientras yo soy obligado,

como fiel y como honrado,

destas balanzas el fiel.

Y si alguna sin compás

más pesada viene a ser,

a la otra he de valer,

porque venga a pesar más.

Reportaos o, ¡vive Dios!,

que el que más fuere importuno

pensará reñir con uno,

y habrá de rendirse a dos.

CELAURO

Yo con tu gusto convengo,

y respeto tu valor;

que conozco harto mejor

la obligación que te tengo.

REY

Siendo rey, no puedo yo

ser de un villano homicida.

LEÓNIDO

Si no te cansa la vida,

por ser de quien te la dio,

toma el irte por partido:

que el furor que te importuna

da tientos a tu fortuna,

que favorable te ha sido.

REY

¡Que me afrenta un hombre vil!

LEÓNIDO

Contra ti está la razón

y dos espadas, que son

en nuestras manos dos mil.

REY

Iréme, y no porque alcanza

mi valor miedo, eso no,

mas porque con irme yo

asiguro mi venganza;

pues de podella tomar

y no erralla, deste modo

mi reino y el mundo todo

en mi fuego he de abrasar;

porque será de manera

que nadie podrá estorballo.

LEÓNIDO

Sube, Rey, en tu caballo,

que atado a un roble te espera.

El consejo que te doy,

para tu remedio aplica;

sube en el caballo y pica.

REY

Harto picado me voy.

Vase el Rey. Abraza Celauro a Leónido.

CELAURO

Fiel reparo de mis menguas,

dame los brazos, que en ellos,

mi gusto, más que cabellos,

quisiera abrazos y lenguas;

lograran mis esperanzas,

con esto, los cielos santos,

porque así te diera tantos

abrazos como alabanzas.

Extremo de honrado y fiel,

llégate más, que sospecho

que está deseando el pecho

que te metas todo en él;

toda la sangre se altera

entre alegres sobresaltos,

y el corazón, dando saltos,

darté las gracias quisiera.

LEÓNIDO

Suelta, señor, estos lazos,

que estoy corrido y turbado

de que, sin haber besado

tus pies, me dieses abrazos;

dámelos, mi gusto apocas,

que por tan alto interés,

para besarte los pies,

quisiera infinitas bocas:

esta merced has de hacerme.

CELAURO

Basta; que la fe te doy

de que lo poco que soy

es tuyo. ¿Quién a valerme

te trujo? Que a pensar vengo

que, a esto, del cielo vienes.

LEÓNIDO

La mucha razón que tienes

y el deseo que yo tengo,

que es de servirte, y ha mucho

que vive.

CELAURO

¿Tal bien merezco?

LEÓNIDO

Con lágrimas me enternezco

cuando tus cosas escucho.

CELAURO

Mucho debo a tu valor,

¿también mis desdichas sabes?

LEÓNIDO

Nunca se esconden las graves,

mas, por sabellas mejor,

de ti querría sabellas.

CELAURO

Porque gustas de escuchallas,

y porque gusto contallas,

a ti, que te dueles dellas,

las diré.

LEÓNIDO

Desa manera

pagarme hubieras podido,

cuando lo que te he servido

a tu valor no debiera.

CELAURO

Cuando por causas tan dichas

salí de Hungría por horas,

con tal peligro, que a mí

no me parecieron cortas,

fui a valerme de los reyes

de Inglaterra y Escocia,

y de mis quejas movidos,

de sus gentes y a su costa,

juntaron tan grande armada,

que no fue menos famosa

que la que el griego ofendido

pasó desde Grecia a Troya.

Salí triunfando con ella,

pronosticando victoria,

con piezas de artillería,

cajas, clarines y trompas,

y tremolando a los vientos,

que apaciblemente soplan,

flámulas y gallardetes,

banderas y banderolas.

Navegamos quince días;

mas la fortuna invidiosa

sacó los contrarios vientos

de las cavernas más hondas,

de cuya furia incitadas,

se enfurecieron las olas,

y murmurando su agravio,

bramaron sus voces sordas;

vieras abrirse las naves,

dando en escollos furiosas,

y otras hacerse pedazos,

batidas unas con otras,

y las que hicieron más agua

que echar pudieron sus bombas,

enteras las traga el mar,

¡triste y miserable cosa!

Con esto, de las que quedan

los pilotos se alborotan,

suenan las confusas voces,

de mal entendidas, roncadas.

Unos dicen: «Zía, zía».

Otros dicen: «Boga, boga».

Unos: «Esfuerza el timón».

Otros: «Afirma la escota».

Y los más dicen: «Amaina

las velas y las congojas».

Al tiempo piden clemencia,

y al cielo misericordia;

unos rendidos y humildes,

la muerte que esperan lloran,

y otros, de una tabla asidos,

furiosos al mar se arrojan,

quién promesas hace al cielo,

y quién muerto de congoja,

sus pecados dice a voces,

si hay alguno que los oiga.

Viendo desdichas tan grandes,

imposibles y forzosas,

mira yo cual estaría,

como la causa de todas.

Al fin, pasados tres días,

con sus noches tenebrosas,

san Telmo puso en la gavia

su señal maravillosa.

A mi nave general

pudieron seguilla pocas,

mas la mitad de la armada

recogí, perdida y rota.

Quise así probar mi suerte,

y fue tan poco dichosa,

que, de mi hermano vencido,

perdí la opinión en todas.

No escapó de muerto o preso

sino sola mi persona,

y tanto, que desde entonces

siempre la he tenido sola.

Probara otra vez ventura,

mas de mi Nísida hermosa

las lágrimas me entretienen,

y me entretienen las glorias.

En casa una muda triste,

ha un año que vivo a solas,

con ella y una hija suya,

tan niña como graciosa,

pues, con su ingenio y donaire,

entre flores y otras cosas,

lleva a Nísida papeles,

y con la respuesta torna

desta casa de placer,

adonde la Reina llora

sus pesares, porque el Rey

la aborrece hasta la sombra.

Aquí a mi Nísida veo,

que hubiera de verse agora

sin tal gusto, a no valerme

esas manos milagrosas.

Con esta gloria sin gusto,

con esta vida sin honra,

espero siempre los fines

de mi lamentable historia.

LEÓNIDO

De tus lágrimas es cierto

enternecerse una peña.

CELAURO

Escucha, ¿oíste la seña?

LEÓNIDO

Una ventana han abierto.

Salen a una ventana Nísida y la Infanta.

NÍSIDA

Mi Celauro ¿estás herido?

CELAURO

No, mi bien, no tengas pena,

que fue mi suerte tan buena...

¡y tan buena como ha sido!

NÍSIDA

¿Disimulas?

CELAURO

No te pene,

bueno estoy.

NÍSIDA

¿Es cierto?

CELAURO

Cierto.

INFANTA

Bueno fuera haberle muerto

las heridas que no tiene.

CELAURO

¿Es mi sobrina querida?

INFANTA

Y la que a servirte vengo,

pues ha dos horas que tengo

casi sin alma tu vida.

LEÓNIDO

Ya el sol para mí ha salido.

CELAURO

Hubiéramela quitado,

mas un ángel ha llegado,

y de mi guarda lo ha sido.

Mira si le debo a Dios,

señora, más que ninguno,

pues que todos tienen uno

y yo agora tengo dos.

NÍSIDA

¿Quién es, que tanto consuelo

vino a darme?

CELAURO

El que aquí lo ves.

NÍSIDA

Y ¿quién es?

LEÓNIDO

Un ángel es,

que ha poco está en el cielo.

INFANTA

¿Es Leónido?

LEÓNIDO

Soy tu esclavo.

INFANTA

¿Quién otro hiciera tal cosa?

NÍSIDA

Su hazaña maravillosa

le agradezco yo y le alabo.

Con todo, amigo, sospecho

algún mal.

CELAURO

No pienses tal.

¿Cómo puede tener mal

quien te tiene a ti en el pecho?

NÍSIDA

Al fin no puedo creello.

CELAURO

Bueno estoy, no hay que dudar.

NÍSIDA

La pared vuelve a saltar,

que yo misma quiero vello.

No fío de mi ventura:

adonde sueles me aguarda,

pues el ángel de tu guarda

las espaldas te asegura.

CELAURO

Espérame, mientras voy

a sacalla de cuidado.

LEÓNIDO

Bien puedes ir confiado,

y seguro que aquí estoy.

A la ventana se queda,

¿osaré hablalle? Sí haré.

El cielo esfuerzo me dé

si quiere que hablalle pueda.

INFANTA

Pues ¿no me hablas, Leónido?

LEÓNIDO

Bien quedaré disculpado,

pues parecí descuidado

por no pecar de atrevido.

INFANTA

¿Faltado te ha atrevimiento?

¡Pues no te falta ventura!

LEÓNIDO

A contemplar tu hermosura

se levanta el pensamiento.

Envióle el alma esenta,

de merecimiento falto,

y desvanecido de alto,

vino a caer en la cuenta;

y como en ella ha caído

humilde a tan grande alteza,

llorando está mi bajeza,

de mi bajeza ofendido.

INFANTA

Si es que mi alteza te espanta,

antes, en vez de afligirte,

de consuelo ha de servirte

el imaginar que es tanta

y está en tan alto lugar,

que, cuando a tu humilde estado

mucha parte le haya dado,

le sobrar  para dar;

a tu suerte te encomienda,

no desconf es, pues vemos

que siempre de dos extremos

se hace un medio que no ofenda.

Si yo de mi calidad

la mitad te diese a ti,

 ser a posible as 

merecer la otra mitad?

Mas mi libertad es poca,

¿cómo excusará mi mengua,

si amor me mueve la lengua?

LEÓNIDO

Señora, ¿qué des de boca

escucho razones tales?

¿Si es que estoy soñando agora?

¿Quién ha de igualar ahora

extremos tan desiguales?

Los que me dices entiendo

que un medio pueden hacer,

mas ¿qué importa si ha de ser

bajando tú, y yo subiendo?

Y lo que te oí decir

tanto me pudo obligar,

que por no verte bajar,

no me está bien el subir.

Pero ya el Infante siento,

que de la muerte me ampara,

porque si un poco tardara,

me hubiera muerto el contento.

INFANTA

Pues adiós, y ánimo ten.

LEÓNIDO

Ya en otro ser me conviertes.

INFANTA

Pues tienes los brazos fuertes,

séalo el pecho también.

Sale Celauro.

CELAURO

¡Oh mi amigo verdadero!

LEÓNIDO

¿Qué hay, señor? De mí te fía.

CELAURO

Ahora amanece el día

que ha de ser en mí el postrero.

LEÓNIDO

¿Qué tienes? ¿Qué daño esperas?

¿No soy yo para estorbalo?

CELAURO

Gente de a pie y de a caballo,

tres carrozas, seis literas,

llegaron en este punto.

Pues a tal hora han llegado,

de aquel enemigo airado

el mayor daño barrunto.

Para morir me aparejo,

que me acaba este cuidado.

Pues que la vida me has dado,

ven y me darás consejo.

LEÓNIDO

¿Ahora el valor despides?

Gobiérnate de otro modo.

Si quieres romper con todo,

en mí tendrás otro Alcides.

Y en esta ocasión que toco,

con hartas cosas me fundo,

que oponerme a todo el mundo,

llevando tu lado, es poco.

Mira si desto te agradas,

ya que a tu lado me pones,

que, donde hay tantas razones,

harto habrá con dos espadas.

Jornada tercera

Salen cuatro grandes.

GRANDE 1º

Tan sin tiempo me he venido

a consejo.

GRANDE 2º

¿Qué ha de ser?

GRANDE 3º

Algún antojo habrá sido,

para acabar de perder

el reino, como el sentido.

GRANDE 1°

Él es mi rey natural,

mas no me parece bien

su proceder.

GRANDE 2°

Siendo tal,

¿a quién le agrada?

GRANDE 4°

Y ¿a quién

no le parece muy mal?

GRANDE 3°

¡Perseguir con tanto exceso

un hermano, sin razón!

GRANDE 2°

¡Pues tener al Duque preso

tantos años!

GRANDE 4°

Malo es eso,

y peor es la ocasión.

GRANDE 3°

Ya ¿qué honra habrá segura,

si es que es de todos cabeza,

por guardalla, la aventura?

GRANDE 1°

Y ya de nuestra tibieza

por las calles se murmura.

GRANDE 2°

¿Qué remedio puede haber?

GRANDE 3°

Siendo rey, está en su mano

cuanto quisiere hacer.

GRANDE 4°

El rey, en siendo tirano,

luego lo deja de ser.

GRANDE 1°

Calla ahora.

GRANDE 2°

¿Viene?

GRANDE 1°

Sí.

GRANDE 3°

Ya viene, y algún misterio

encierra el venir así.

GRANDE 4°

Quien no se gobierna a sí,

mal gobernará a su imperio.

Salen el Rey, la Reina, la Infanta, el Duque y Nísida; siéntanse en tres sillas, y el Rey en medio.

REY

No os maraville el ver que así os reciba,

en el mismo lugar, la misma alteza

que pudo coronar mi frente altiva,

dando el ligero peso a mi cabeza;

que, como sois pilares donde estriba

el supremo valor de mi grandeza

quiero con vuestro gusto, en quien confío,

dar nuevo ser al pensamiento mío.

Y para ver la causa si es bastante,

fundada en mi razón, pura y sencilla,

y porque el dalla oído no os espante,

como estar esperando os maravilla,

pues traigo prevenido lo importante

por si alguno me culpa antes de oílla.

Estadme atentos todos, que a millares

os daré las disculpas y ejemplares.

El que a Roma fundó, juez severo,

repudios en sus leyes consentía;

y así, Servilio Spurio fue el primero

que dellos se valió en dichoso día.

Pompeyo repudió, el Magno y fiero,

a Antístata y Mucía. Bien podía.

El César a Pompeya, Sila a Lelia,

Claudio César a Emilia, Plaucia y Elia.

A Pompeya, Nerón, y Constantino,

antecesor del fuerte Carlomagno,

de María dejó el ser divino,

sin dar por ello nota de tirano.

En Francia abrió Childerico el camino,

y Carlos y Luis le hicieron llano,

dejando, porque el mundo lo permita,

a Leonor, Aldoberta y Margarita.

A decir infinitos me obligaba,

mas porque no digáis que cito reyes

que, por su condición esquivada o brava,

no tuvieron o no guardaron leyes,

en la vieja el Señor licencia daba

que desde el rey hasta el que guarda bueyes

dejase su mujer honrada y bella,

con sólo que llegase a aborrecella.

Pues yo llegué a este punto, llegue el día

de mí con tantas veras deseado:

a mi mujer repudio. Ya no es mía.

Pues perdió mi valor, pierda mi lado.

Levántase la Reina de la silla.

GRANDE 1°

¡Terrible crueldad!

GRANDE 2°

¡Gran tiranía!

GRANDE 3°

¡Extraña cosa!

GRANDE 4°

¡Caso no pensado!

REY

Ya Leonora también, porque conviene,

quito el derecho que en mi reino tiene.

No os admiréis, que yo decir podría

lo que Emilio, persona valerosa,

que al senado, que culpa le ponía

por dejar su mujer cuerda y hermosa,

mostrando el pie y zapato que traía,

de una obra sutil, bella y hermosa,

les dijo: «Aunque os parece tan perfeta,

nadie puede saber lo que me aprieta».

Y agora, por seguir de mi albedrío

el bien nacido y acertado gusto,

y por dar sucesor al reino mío,

pues es tan conveniente como justo,

vuelve, Nísida, en brasa el pecho frío,

y trueca en gustos míos tu disgusto.

Y tú y tu padre, como prendas mías,

ocupad estas sillas, ya vacías.

REINA

Ya, Rey, en esta ocasión,

aunque llore mis disgustos,

conozco bien tu razón,

porque son buenos tus gustos

y mis partes no lo son.

Pero el alma te asegura

que hubieran sido, señor,

iguales a la luz pura

de los cielos, si a mi amor

se igualara mi hermosura.

Pero aunque muchas tuviera,

llenas de belleza y gracia,

la tuya no mereciera;

que es tan grande mi desgracia,

que más que todas pudiera.

Aunque en suerte tan forzosa,

algo tengo de dichosa,

pues viéndome desta suerte,

si lo adviertes, en la suerte

te habré parecido hermosa.

En una cosa querría

que tu rigor se corrija,

pues ninguno merecía

este ángel desta hija,

que es tan tuya como mía.

Restitúyela en su estado,

que una madre desdichada

no le quita un padre honrado.

INFANTA

No te ofrezca, madre amada,

más dolor ese cuidado.

De ver el tuyo perder,

dolor en mi pecho reina;

que por mí ya echo de ver

que mal podré yo ser reina

pues tú lo dejas de ser.

Por volverte a tu contento,

oyera el Rey, mi señor,

a sus pies mi sentimiento;

mas quitándome el valor,

me quita el atrevimiento.

REY

El mudarme es excusado.

Subid, sentaos a mi lado.

¿Qué esperáis?

DUQUE

Sólo esperaba

que te hablase quien te hablaba,

a su respeto obligado.

Mas, pues a obligarme vienes,

sabe, Rey, que mi opinión

no codiciara esos bienes

cuando tuvieras razón,

cuanto y más que no la tienes.

¿Qué honrados ejemplos fueron

los que a esto te animaron?

De reyes que no tuvieron

ley ninguna, o no guardaron

la de Dios, que merecieron.

Y si el mismo que la dio

en el Sinaí a Moisés

los repudios aprobó,

en aquélla estaba bien,

y en ésta de gracia no;

que ahora será violento

lo que entonces justo trato.

¿No advierte tu pensamiento

que entonces era contrato

lo que ahora es sacramento?

Deja tan ciegos antojos,

y da fuerzas al sentido,

volviendo el alma a los ojos;

que yo a mi reina he servido,

y me ofenden sus enojos.

Y cuando Dios soberano

no lo estorbara por eso,

saliera tu intento vano,

y, puesto a sus pies, la mano

mil veces la adoro y beso.

Arrodíllase delante la Reina.

REINA

Eres honrado y piadoso.

REY

Eres villano, eres fiero,

pero, sin tu gusto, espero

la mano de un cielo hermoso.

NÍSIDA

Cortáramela primero,

pues de mi valor confío

y apruebo su parecer;

porque si el ser de mujer

es, por mi desdicha, mío,

tambien es suyo mi ser.

Ya no creer, como creo,

que tanto mi honor desdora

lo injusto de tu deseo,

por la Reina, mi señora,

a quien con lágrimas veo,

aunque mil reinos me des,

haré tus intentos vanos,

pues no hay humano interés

que me saque de sus manos

para besarle los pies.

Arrodíllase delante la Reina, y ella la abraza.

REINA

Consuelo de mi tristeza,

abrazarme es lo mejor.

GRANDE 1°

¡Grande hazaña!

GRANDE 2°

¡Gran valor!

GRANDE 3°

¡Gran esfuerzo!

GRANDE 4°

¡Gran nobleza!

¡Gran desdicha, gran rigor!

¿A esta pena me condena?

Por los cielos soberanos

que me deja el alma llena

de rabia. ¿Todos, villanos,

os alegráis de mi pena?

Esto miro casi ciego.

Mas que me ha de dar confío

la venganza algún sosiego,

cuando con aliento mío

salga de mi pecho el fuego.

Todo lo pienso abrasar.

Llevad al Duque cruel

adonde solía estar,

y llevad también con él

su hija al mismo lugar.

Cárguente, pues me condenas,

de cadenas y de hierros,

como me cargas de penas.

DUQUE

Más me espantan estos yerros

que el hierro de las cadenas.

REY

Llevadlos luego, que es justo.

NÍSIDA

Eso quiero y deso gusto.

REY

Con tormentos destruillos,

que luego pienso seguillos

para conseguir mi gusto. Vase.

DUQUE

Reina, consuélete el cielo.

NÍSIDA

Mejore tu gusto y vida.

INFANTA

¡Nísida!

NÍSIDA

¡Infanta querida!

REINA

Con vosotros va el consuelo

de esta mujer afligida.

Abrázanse, y vanse el Duque y Nísida por una parte, y la Reina y Grandes por otra.

GRANDE 1°

Pon límite a los extremos

de tu dolor.

REINA

No podré.

GRANDE 2°

Nuestras vidas te ofrecemos.

GRANDE 3°

Y consuelo te daremos.

GRANDE 4°

Cuando el Rey no te lo dé.

Vanse. Salen Leónido y un Pastor viejo.

PASTOR

Pues, como digo, hijo, huyeron todos,

y dejaron al joven mal logrado

revolvando en su sangre, y en sus brazos

a ti cubierto della. Así me dijo:

«Dalde bautismo y estimalde mucho;

que es hijo...», y acabó con harta lástima

de todos los presentes. Sospechamos

que algunos bandoleros, por roballe,

le quitaron la vida; y enterrándole,

yo te llevé a mi casa, y parecías

casi recién nacido, donde luego

mi mujer te dio el pecho, y sobre el tuyo,

al quitarte mantillas harto ricas,

te halló una cruz, y en ella una sortija,

que es la misma que llevas de ordinario

al cuello, por mi ruego y tu obediencia.

Neguéte esta verdad por no perderte,

pero, al fin, tus honrados pensamientos

a buscar nuevo estado te obligaron.

El cielo afable, poderoso y santo,

a ti suerte te dé y a mí consuelo.

LEÓNIDO

De nuevo, padre amado, te agradezco

la vida y la crianza que te debo;

y el ver que parto de tu humilde amparo

no te cause pesar, que yo esperaba

sólo tener edad para partirme

a buscar mi ventura, buena o mala;

que, aunque es verdad que sólo me dijiste

que en una peña, al sol, al aire, al hielo,

me hallaste, y lo demás callaste tanto,

nunca creí del pensamiento mío

que nacía de humilde y baja casta.

Dame tu bendición.

PASTOR

Toma mis brazos.

Vase el Pastor y sale Celauro.

LEÓNIDO

Ya, mi querida Infanta, más me animo

a esperar tus favores y mis glorias.

Tras ti me lleva el alma, que me tienes.

CELAURO

¡Leónido!

LEÓNIDO

¡Señor!

CELAURO

¡Oh, joven fuerte,

oh, ángel de mi guarda, que te hallo

siempre presente a las desdichas mías!

Después que, como sabes, me llevaron

el alma, y me dejaste tan sin ella,

llevó cargo de darme aviso cierto

un criado del Duque, muy amigo,

y volver no le veo, con que he visto

volver al Duque preso a su castillo,

que es el que ves tan cerca de nosotros.

No sé qué novedad habrá obligado

a mi hermano cruel, o qué habrá hecho

de mi Nísida hermosa.

LEÓNIDO

No te aflijas.

¿Qué nombre tiene el que llevaba el cargo

de avisarte?

CELAURO

Celandino.

LEÓNIDO

Iré a buscallo

a la corte y, no hallándole, posible

será informarme yo si algún suceso

te promete disgusto.

CELAURO

Eres divino,

eres remedio de las penas mías.

Guíete el cielo mientras yo te aguardo

tan cerca del camino que no puedas

pasar sin que te vea.

LEÓNIDO

Adiós, yo parto

a buscarte consuelo en pena tanta,

(y a ver también a mi querida Infanta).

Vanse y salen el Rey, y el Duque, maniatado y con una cadena, y Nísida, y tres criados, con dos fuentes, en la una una daga y en la otra un vaso de veneno.

DUQUE

Ten respeto y ten recelo,

que serán intentos vanos,

como me quitas las manos,

quitar la justicia al cielo.

¿Eres cristiano? ¿Eres hombre?

O... ¿he sido vasallo infiel?

NÍSIDA

Si es tirano y es cruel,

¿para qué le buscas nombre?

DUQUE

¿En qué Libia te criaste?

¿Qué haces?

REY

Calla, traidor,

que has de temer mi rigor,

pues mi favor no estimaste.

DUQUE

¿Temes tú al del cielo justo?

REY

Para darte más pesar,

tú mismo le has de rogar

que te ofenda y me dé gusto,

o ese tu pecho importuno

pasará esta daga fiera.

DUQUE

Aunque mil pechos tuviera,

y cien mil en cada uno.

REY

Y si ella el de mis antojos

no aprueba y tiene por bueno,

ha de pagar con veneno

el que me dio por los ojos;

porque en este vaso está,

y tan cruel como cierto.

NÍSIDA

El de oírte no me ha muerto,

y ése ¿matarme podrá?

Inútiles medios trazas

contra mi honrada aspereza.

DUQUE

Pues que es mía su nobleza,

vencerá tus amenazas,

que es razón.

REY

Que no hay razones.

Mueve en mi favor los labios.

DUQUE

Para decir mis agravios

y contar tus sinrazones.

Pero acabe tu rigor

con esa daga esta vida,

que la boca de la herida

podrá decillas mejor;

que para decir tu mengua,

con mi agravio averiguada,

le dará mi sangre honrada

con cada gota una lengua,

y quizá con mis alientos

alguna te alcanzará,

y tocándote podrá

darle honrados pensamientos.

Pero no querrán los cielos,

porque, para hacerte honrado,

harto limpia te la han dado

tus bien nacidos agüelos.

Mas vence en esta jornada,

en un tirano homicida,

una maldad adquirida

a una nobleza heredada.

Destas injurias te venga.

¿Qué esperas? Dame la muerte,

que mi lengua ha de ofenderte

todo el tiempo que la tenga.

REY

¡Dalde!

DUQUE

Dame, no repares.

REY

Pero no, dejalde estar;

que pues mata con pesar

ha de morir con pesares.

Y tú, rigurosa, exenta.

DUQUE

Ahora sí, el alma siente

penas.

REY

O bebe, o consiente

con mi gusto y en su afrenta.

Aquí el escoger te toca:

mira cuál tienes por bueno,

el ardor deste veneno

o el aliento desta boca,

que reina te puede hacer,

como tu valor merece.

DUQUE

Mira, hija, que te ofrece

lo que imposible ha de ser,

pues la ley, que vive en ti,

de Cristo, no da lugar.

REY

Mira que puedes ganar

dos vidas con sólo un sí.

DUQUE

Precia el alma, y no la vida.

REY

Sé con entrambos piadosa.

NÍSIDA

Si del uno estoy quejosa,

por el otro estoy corrida.

Déjame, padre y señor,

que contra tales intentos

me esfuerzan mis pensamientos,

que son hijos de mi honor.

Y tú, demonio infernal,

que das en desierto voces,

pues que tan bien me conoces,

¿por qué me tratas tan mal?

¿De tu aliento he de gustar,

enemigo, cuando fuera

tal que subirme pudiera,

como me puede bajar?

Y, pues me le ofreces, di,

¿por qué me diste a escoger?,

¿qué veneno puede haber

menos fiero para mí?

Dame el que está en ese vaso,

que a darme salud te inclina,

porque será medicina

a las desdichas que paso.

Pues que con él me darás,

como tú, enemigo, sabes,

la purga de los jarabes

que ha mil siglos que me das.

DUQUE

¡Oh, hija, más que dichosa!

Muere, y mi muerte dilata.

REY

Eres extremo de ingrata,

con ser extremo de hermosa,

y pues por mi desventura

tan mal a tratarme vienes,

que ya aborrezco desdenes,

como adoro tu hermosura,

y con este presupuesto,

bebe el veneno.

NÍSIDA

Aquí estoy.

REY

Con mi aliento te lo doy,

porque te mate más presto.

Dale el veneno, y aliéntale.

NÍSIDA

Eres del todo cruel,

pues por venir desafortunada

le temo más que la muerte

que viene escondida en él.

Pero ya. (Mas ¡ay de mí!,

que esta desdichada empresa

por ti, Celauro, me pesa,

porque al fin te pierdo a ti.

De que soy tuya me acuerdo,

y que en morir te destruyo,

mas también mi honor es tuyo,

y te ofendo si le pierdo).

Está dudando.

DUQUE

¡Cielo justo!

REY

¡Cielo santo!

NÍSIDA

(Viva, pues por ti le estimo...)

REY

Con lo que duda me animo.

DUQUE

De lo que duda me espanto.

NÍSIDA

(...Y muera yo, pues abona

tan buen parecer mi suerte).

REY

Toma, en lugar de la muerte,

mis reinos y mi corona,

pues tú sola la mereces.

DUQUE

En tu intento persevera,

que otra corona te espera

del martirio, a que te ofreces.

REY

Deja tu injusta porfía,

ocasión de mis enojos.

DUQUE

Hija mía de mis ojos,

sé honrada, pues eres mía.

¿Qué dudas? ¿Dó está el valor?

¿Quién te detiene y demuda?

La que su honor pone en duda,

harto pierde de su honor.

REY

Calla, infame.

NÍSIDA

Padre, espera;

que ya...

DUQUE

En tu valor espero.

NÍSIDA

¡Ay, Celauro, por ti muero,

y por ti vivir quisiera!

DUQUE

¿Aun ahora dudas más?

REY

Vuelve, mi bien, por los dos.

NÍSIDA

Padre, adiós; Celauro, adiós.

DUQUE

Pues por él mueres, a él vas.

Haz, hija, lo que te toca.

NÍSIDA

¡Ay, Celauro!

REY

¿Qué hacer quieres?

Espera un poco.

DUQUE

No esperes.

REY

¡Tapalde la infame boca!

Que hace eternos mis enojos,

esforzando su querella.

DUQUE

Cuando no pueda con ella,

su lengua pondré en mis ojos

y entenderáme.

REY

¡Traidor!

¡Y aun éstos te sacarán!

DUQUE

Mis agravios le hablarán,

que son lenguas de mi honor.

El Rey está tapándole la boca y los ojos al Duque.

NÍSIDA

¡Ah, Rey! ¿No basta el efeto

que hace tu crueldad en mí,

sino en mi padre?

REY

Por ti

se le guarda algún respeto.

NÍSIDA

Y tú, de mi pecho fiel

confía, padre y señor,

que ofendes a mi valor

pues tan poco fías dél;

pero verás mis aceros...

Va a beber el veneno, y detiénela el Rey.

REY

Detente. ¡Extraños rigores!,

¿que son mis brazos peores

que los de la muerte fieros?

¿Cómo a ser tan malo vengo?

Pero ¿cómo puede ser?

Que algo bueno he de tener

por el buen gusto que tengo.

¿Por qué a la muerte te ofreces,

y no a mi amor inmortal?

NÍSIDA

Porque escojo el menor mal,

y tan malo me pareces,

que el morir tengo por justo,

porque imaginando estoy

que no soy buena, pues soy

tan agradable a tu gusto.

REY

¿Tanto a aborrecerme vienes?

NÍSIDA

Tanto, que te estoy mirando

y mil muertes me estás dando

por una que me detienes.

REY

Mucho mi paciencia pruebas.

¡Bebe el veneno, traidora!

NÍSIDA

¡Jesús mil veces!

REY

Señora,

espérate, no lo bebas.

Mas ¿qué digo?, ¿por qué no?

La vida quisiera darte,

mas ¿mi hermano ha de gozarte,

ya que no te gozo yo?

De vosotros soy vencido,

celos: muera mi enemiga,

que a mayor daño se obliga

un celoso aborrecido.

Ya, ingrata, el morir es cierto,

bebe el veneno.

NÍSIDA

Sí haré.

REY

Aunque la muerte me dé

el pesar de haberte muerto.

NÍSIDA

Padre, adiós.

DUQUE

Hija, serás,

Bebe Nísida el veneno.

de honor puro, claro espejo.

NÍSIDA

Ya, mi Celauro, te deajo.

REY

¡Espera, no bebas más!

Para poderme matar

deja la mitad siquiera.

NÍSIDA

Porque favor pareciera,

no te lo quise dejar.

REY

¿Que, aun envuelta en un favor,

la muerte no quiso darme?

Conoció bien que el matarme

hubiera sido el mayor.

DUQUE

Hija, yo, que te animaba,

te seguiré donde vas;

que siempre se siente más

la muerte que más se alaba.

NÍSIDA

¿Tú lloras, padre querido,

cuando tu honor se asegura?

DUQUE

No soy de piedra por ventura,

aunque de toque lo he sido.

REY

Pero rabio, estoy de modo

que de mí mismo no sé;

pero, pues esto acabé,

ya pienso acabar con todo.

Daré a mi hermano la muerte

que él ha dado a mi esperanza.

Sea larga la venganza,

pues fue tan corta la suerte.

Habla aparte con los criados.

Oíd: Celauro vendrá

aquí, donde pierdo el seso,

obligado del suceso,

que yo sé que lo sabrá.

Si a muerte no le condena,

si no le quita el vivir

el pesar de ver morir

a su gloria y a mi pena,

esperalde a la salida

para que podáis matalle,

donde el más oculto valle

tenga su muerte escondida.

Esto haced, imaginando

que yo por su causa muero

y en mi palacio os espero,

(donde os mataré en llegando).

Alto, por el Duque.

Matad ese infame, abismo

de su maldad y mis penas,

o quitalde las cadenas,

para que se mate él mismo.

Quitán las cadenas al Duque.

Que, pues a tal punto llego,

por los cielos soberanos,

que, cuanto alcancen mis manos,

verá su sangre y mi fuego.

Todo lo pienso acabar,

pues mi esperanza acabó,

para al fin morirme yo

de cansado de matar.

Vanse el Rey y los criados.

DUQUE

Mi hija, mis ojos bellos,

pues ya pienso darte abrazos,

dame tus divinos brazos,

y llévame al cielo en ellos.

NÍSIDA

¡Padre mío!

DUQUE

¡Hija mía!

Acompañarte imagino,

que es muy áspero el camino

y has menester compañía.

NÍSIDA

No, señor.

DUQUE

Penas son éstas

para no hacerse mortales.

¡Ay santo honor, mucho vales,

pero a mí mucho me cuestas!

Por justo precio te das

a mis pensamientos buenos;

que, al fin, si no vales menos

no pudieras costar más.

NÍSIDA

¡Ay Celauro! ¡Ay triste suerte!

¡Ay padre amado! ¡Ay de mí!

Adorándote viví,

y vengo a morir sin verte.

Amigo dulce ¿qué harás,

muerta el alma que te adora?

Más siento mi muerte agora

por lo que tú sentirás.

(¿Diré a mi padre mi empleo?

Ocúpame la vergüenza;

mas no hay cosa que no venza

el ansia deste deseo.

Yo se lo quiero decir;

mas ¿si me querrá escuchar?

¡Si lo pudiese obligar

a que lo hiciese venir!)

DUQUE

¿Hace el veneno su efeto?

NÍSIDA

Aún no tiene tanto brío.

Cierto pensamiento mío

me tiene el pecho inquieto.

El cielo justo lo ordena

para que en esta ocasión...

DUQUE

Descansa tu corazón,

dame parte de tu pena.

NÍSIDA

¿Y si es culpa?

DUQUE

Si la has hecho,

viendo que la pagas ya,

¿adónde, hija, estará

más secreta que en mi pecho?

Descansar puedes conmigo,

que mi palabra te doy

que honrado padre te soy,

y he de serte fiel amigo.

NÍSIDA

Consuelo y ánimo das

a esta triste.

DUQUE

Hija querida,

quisiera darte la vida.

NÍSIDA

Oye, para darme aún más:

por tu gusto me crié,

de tres años no cabales,

con la Reina, mi señora,

y deste tirano, madre.

Permitió el cielo que fuese,

dando principio a estos males,

cuando de la misma edad

era Celauro el Infante;

y como, padre del alma,

siempre en ocasiones tales

suele hacer los gustos unos

el ser unas las edades,

tanto fuimos desde entonces

el uno al otro agradables,

que nuestras almas conformes

vieron efectos notables;

pues las amas, en llorando

tiernos de niños y amantes,

iban a buscar al uno

para que el otro callase.

Muchas cosas te dijera

de ternezas semejantes,

que a enternecerte bastaban,

y pudieran disculparme;

que aunque ha tanto que pasaron

no fuera mucho acordarme,

pues tan presentes las tengo,

como si ahora pasasen.

Con ellas y con los años

crecieron las voluntades,

y tanto, que el niño amor,

con nuestra edad, se hizo grande.

Pues, como grande, en efeto,

pudo a Celauro obligalle

a más fuertes sentimientos

y a mayores libertades.

Palabra me dio de esposa

para que yo le otorgase

la prenda más deseada

y difícil de alcanzarse.

Aquí me acaba la pena

que, con esto, pienso darte,

porque, rendida a su gusto,

ninguno pude negalle.

Un año le tuvo, y cuando

fue a padecer en la cárcel,

a mí me dejó en el mes

donde la muerte esperase.

Libróme Dios de sus manos,

sacando a su luz un ángel

a quien escondió la tierra;

el cómo, el cielo lo sabe.

Lo que agora te suplico,

si es posible, amigo, padre,

que quien me quiso en la vida,

en la muerte venga a honrarme,

dándome mano de esposo,

pues estando tú delante,

harás con tu bendición

que la del cielo me alcance.

Mas ya ha rato que el veneno

se esfuerza por acabarme;

¿qué mucho, pues ha tenido

mil cosas que le ayudasen?

Mortales bascas me aprietan

de su ardor incomportable.

Ya, padre, pues te ofendí,

es muy justo que lo pague.

Ya el consuelo que te pido

vendrá tarde, aunque le llames;

que siempre a los desdichados,

no llega, o llega tarde.

DUQUE

Hija mía... Mas de modo

llega furiosa la muerte,

que no puedo responderte

sino que es desdicha todo.

Sale, Celauro y Celandino, criado.

CELAURO

Pues no ha sido menester,

para hallarte, poca dicha.

DUQUE

Llega, y mira tu desdicha

para podella creer.

CELAURO

¡Cielo! ¿Qué humano albedrío

a esto fue poderoso?

¡Eclipsado sol hermoso!

¡Luz del alma!

NÍSIDA

¡Amigo mío!

CELAURO

¿Que esto la suerte permita?

NÍSIDA

Y yo lo permito ya,

por este bien que me da,

esta vida que me quita.

Ahora la muerte venga,

que no me hallará quejosa;

pero has de hacer una cosa

para que entero le tenga.

Mi padre, de nuestro amor,

sabe lo más importante;

dame la mano, bastante

a darme gusto y honor.

¿Eres mi esposo?

CELAURO

Sí soy.

NÍSIDA

Y yo soy tuya también;

dame la mano.

CELAURO

Mi bien,

ya era tuya, y te la doy.

NÍSIDA

¡Alegre y dichosa palma!

¡Esposo amigo!

CELAURO

¡Señora!

NÍSIDA

No me la dejes ahora

hasta que me deje el alma,

¿Que ya eres mío de veras?

CELAURO

Y ¿cuándo tuyo no fui?

NÍSIDA

¡Qué gloria hubiera en mí

si largos años lo fueras!

Pero es tan corta mi suerte,

que vengo a pagalle parte

de la gloria del ganarte

con la pena del perderte.

CELAURO

¿Perderme? Contigo irá

al cielo un alma, que fuera

tras la tuya, aunque supiera

que era cierto el ir allá.

Pues ¿habías de morirte,

y yo no morir de enojos?

Desangrado por los ojos

moriré para seguirte.

DUQUE

¿Quién no muere contemplando

suceso tan lastimero?

Yo, de enternecido muero,

y de muerto estoy callando.

NÍSIDA

¡Ah Señor! No llores tanto...

CELAURO

Llorando, quiero morir.

NÍSIDA

...Porque yo venga a sentir

más que mi muerte tu llanto.

Ya muero.

CELANDINO

¡Infelice hombre!

NÍSIDA

¡Ay esposo! ¡Ay muerte! Espera.

¿Cómo es posible que muera

quien puede darte ese nombre?

CELAURO

¡Mi bien, mi bien! ¡Suerte esquiva,

tu inclemencia ha sido mucha!

DUQUE

Quien esto mira y escucha,

¿cómo es posible que viva?

NÍSIDA

¿A quién daré mis querellas?

El Rey...

CELAURO

¿Para qué le nombras?

NÍSIDA

El Rey entre oscuras sombras,

líbrate, Celauro, dellas.

Padre, Celauro, ¿qué has hecho?...

el furor al Rey aplaca,

que de tus brazos me saca,

pues no puede de tu pecho.

Tuya soy.

DUQUE

¡Hija querida!

CELAURO

Ese temor no te asombre.

DUQUE

En la muerte muestra el hombre

las costumbres de la vida;

y esto bien claro se vio

en el ángel que estoy viendo,

pues muere agora temiendo

lo que viviendo temió.

Virgen del cielo piadosa,

ayudalde. ¡Hija querida!

¿no me respondes?

CELAURO

Mi vida,

¿óyesme, querida esposa?

¿Sordos, amiga del alma,

a mis voces tus oídos?

DUQUE

Ya de todos los sentidos

llevó la muerte la palma.

CELAURO

Y ¿no la lleva de mí?

DUQUE

¡Jesús mil veces, Señor!

¡Favor aquí!

CELAURO

¡Aquí favor!

DUQUE

Ya es muerta.

CELAURO

¿Ya es muerta?

DUQUE

Sí.

Ya al cielo te levantas,

ya sus claras estrellas

con inmortales pies pisas y mides.

Ya entre las almas santas

escuchas mis querellas,

y a todo el Cielo mi consuelo pides.

Si con mi gusto mides

el tuyo, pide al cielo

que me lleve tras ti, y tendré consuelo.

En penas tan notables,

por mi mano arrancadas

.....

.....

.....

no cubre el cielo vuestra blanca nieve,

que aunque este cielo llueve,

con mortales desmayos,

no arroja nieve, porque engendra rayos;

serán mi venganza,

iguales con mi mengua,

pues acude al dolor mi sangre fría

con tan justa esperanza.

CELAURO

¡Ah, cielo! Dame lengua,

o quítame la vida, ya no mía,

pues ha llegado el día

que al alma triste asombra,

viendo su claro sol trocado en sombra.

Si sueño o devaneo,

¿es verdad o es engaño?

¡Muerta Nísida! Cielo, dulce esposa...

Pero ¿cuál es el daño?

Que es mío y no lo creo.

Mas tu mano es injusta y poderosa,

que a mi Nísida hermosa

me llevas, ciclo amigo.

¡Mil veces de lo dicho me desdigo!

Ya sé que en un cristiano

fue loco pensamiento;

mas pagaráme el alma, que he perdido,

aquella injusta mano

que ha sido el instrumento

de mi justo castigo; si lo ha sido,

de mí fue merecido.

Mas ¿es bien empleado

que pague un ángel lo que yo he pecado?

Mas ¿qué estoy esperando?

Págueme el Rey y el mundo

el triste eclipse de mis luces bellas,

tantas almas sacando,

que al cielo, y al profundo,

le faltará lugar donde ponellas;

pero, si estoy sin ellas,

¿qué vitoria o qué palma

has de poder llevar, brazo sin alma?

Si tú fuiste alimento,

mi bien, del alma mía,

si en todas mis acciones te invocaba,

si con tu dulce aliento

volaba, si quería

alcanzar los favores que alcanzaba

¿cómo no imaginaba

que, siendo en flor cogida

tu beldad, acabase así mi vida?

Pero ¿fue por ventura

Píramo más amante?

¿Tengo menos valor o menos daños?

En mayor desventura

¿seré menos costante?

.....

Saca la espada para matarse, y le detiene el Duque.

DUQUE

¡Oh sucesos extraños!

¡Hijo!

CELAURO

Ya me corrijo,

padre del alma, pues me llamas hijo.

Dame tu honrado ejemplo,

pon tus pies en mi boca,

llega tu pecho al mío, ya defunto.

Con cuanto en ti contemplo,

me regala y me toca;

que en efeto tomó de todo punto,

en infelice punto

su ser divino aquella

que fue mi sol y la eclipsó mi estrella.

DUQUE

No ha de estar desafortunado

un pecho como el tuyo.

¡Yo le consuelo, mísero cuitado!

¿No ves que con tu muerte

más mi vida destruyo?

CELAURO

Moriré, pues que me quieres, consolado.

¿Quiéresme, padre amado?

DUQUE

Pues en tus brazos muero,

y te estoy consolando, bien te quiero.

CELAURO

Pero ¿Nísida muerta,

y yo, muriendo, vivo?

Y ¿no voy a vengar en un tirano

afrenta que es tan cierta,

dolor que es tan esquivo?

Muera a mis manos mi enemigo hermano,

que el cielo soberano,

pues voy furioso y loco,

si de mí le defiende, no hará poco.

DUQUE

Hijo querido, espera.

CELAURO

No me des ese nombre

hasta vengar mi afrenta y tus enojos.

DUQUE

Mejor lo considera;

que siempre yerra el hombre

que se deja llevar de sus antojos.

CELAURO

No llevará en despojos

la tierra tu hija bella

hasta que yo, vengado, venga a vella.

Cortaré la cabeza

al Rey en su palacio.

DUQUE

Mira que es imposible, cobra acuerdo.

CELAURO

De mi mal la aspereza

no sufre más espacio.

Dirás que estaba loco, si me pierdo;

que fuera no ser cuerdo,

si al insufrible peso

destos pesares no perdiera el seso.

Comienza, espada mía,

a ser, como imagino,

rigor del cielo, y de la tierra espanto.

Vase Celauro con la espada desnuda.

DUQUE

Estorbarle querría

su loco desatino,

si me diese lugar mi amargo llanto.

Llevaréisme entretanto

ese ángel, prenda amada,

por mil causas dichosa y desdichada.

Llévanse los criados a Nísida, y vanse todos y salen los tres criados a quien mandó el Rey matar a Celauro.

CRIADO 1º

Que me pesa te confieso,

mas sirvo a mi rey.

CRIADO 2°

No hay duda.

CRIADO 3°

La espada lleva desnuda.

CRIADO 1°

O trae perdido el seso,

o su desdicha adevina.

CRIADO 2°

Sus acciones son de loco:

ya camina poco a poco,

ya corre, y ya no camina,

ya voces y ojos levanta

al cielo, ya los compone

y ya en la tierra los pone

callando.

CRIADO 3°

Por Dios, que espanta.

CRIADO 1°

Ya llega.

CRIADO 2°

El lugar mejor

es para darle la muerte.

CRIADO 3°

Ya es costumbre de la suerte

a traiciones dar favor.

Todo esto dicen como que ven venir a Celauro, y pónense a un lado del tablado, y sale Celauro.

CELAURO

Esposa, dame la mano,

y recibe estos abrazos.

Mas ¿qué hacéis, cansados brazos?

Todo es señas y aire vano.

¿No vi tu hermosa figura

y tus espaldas después?

La muerte sin duda es

el envés de la hermosura.

¿Huyes? Seguirte no puedo,

porque ya el pecho desmaya.

Para que a vengarte vaya

dame valor, y no miedo.

¿Qué horror es éste? ¡Ay de mí!

Que a espantarte no te obligo...

O llévame allá contigo,

o no me dejes sin ti.

Oye ¿conmigo rigores?

Éntrase como que va tras aquella sombra que finge representalle la imaginación, y síguenle los criados.

CRIADO 1º

Ahora va descuidado:

dale tú por ese lado

y yo por éste.

CELAURO

¡Ah traidores!

Vuelve a salir por la otra parte.

¿No veis que mi brazo fuerte

para vengarme no es malo?

Pero ¡en mi sangre resbalo,

y tropiezo con mi muerte!

El cielo justo y benino

a esta muerte me condena,

aunque esta muerte no es pena,

pues consuelo la imagino.

Mas por áspero camino

este consuelo me envía,

Nísida; que bien podía

hacer como entonces fuera,

porque en tus brazos muriera

quien en tu pecho vivía.

¿Dónde está, querida esposa,

aquel acertado empleo,

aquel llegar con deseo

de mirar tu cara hermosa,

el verte alegre o quejosa,

el beber tu dulce aliento,

el celar mi pensamiento

del viento, porque pensaba?...

Pero todo al fin se acaba,

resuelto en ceniza, al viento.

Por vengarte, gloria mía,

quisiera ser de importancia;

.....

hubiera sido en Hungría.

Pero, loca fantasía,

no es bien que así te remontes.

No hay cristianos Rodamontes.

Nísida, al cielo pedilde

que me dé la muerte humilde

entre estos soberbios montes.

Cristiano en efeto soy;

procuradme allá la palma,

porque ya, esposa del alma,

a veros con Cristo voy.

¡Ay, cielo!

Sale Leónido.

LEÓNIDO

Del todo estoy

sin sentido, o estas voces

son lastimeras y atroces.

¿Qué es lo que mis ojos ven?

¿Qué veo? ¿A quién miro?

CELAURO

¿A quién?

Tu amigo, ¿no me conoces?

LEÓNIDO

Señor, ¡qué gran desventura!

¿Cúya es la mano cruel?...

CELAURO

¿Cúya preguntas? De aquel

que ha tanto que lo procura.

Mas, pues el cielo te envía

siempre a que me des favores,

pues ahora los mejores

quiero para el alma mía.

Soy en efeto cristiano,

y aunque malo pude ser,

quisiera ahora tener

la cruz bendita en la mano.

LEÓNIDO

¿Cómo a mi dolor resisto?

CELAURO

Hazla de palo siquiera;

que la cruz es la bandera

de los soldados de Cristo.

LEÓNIDO

Una traigo aquí harto bella,

que no la aparto de mí;

creo que con ella nací,

porque murieses con ella.

Saca la cruz de esmeraldas y zafiros y tómalala en la mano Celauro.

CELAURO

Para mi bien la trujiste.

LEÓNIDO

Misterios del cielo son.

CELAURO

Casi muerto el corazón

me salta. ¿Qué me dijiste?

¿Qué sentidos me enseñaron?

¿Con ella naciste, amigo?

Dime.

LEÓNIDO

Que con ella, digo,

recién nacido me hallaron;

que yo de mi nacimiento

no pude más alcanzar.

CELAURO

Del todo vuelvo a cobrar

el casi perdido aliento.

De desangrado moría,

y con la alegre ocasión,

va acudiendo al corazón

la sangre que antes salía.

LEÓNIDO

Con tus muertas alegrías

consuelas mi pecho fiel.

CELAURO

Lee, amigo ese papel,

que ha que guardo muchos días.

Dale el papel, y léele Leónido.

LEÓNIDO

«Amigo, de las señas que han de llevar los que tienen cargo de buscar a nuestro perdido hijo, es la más esencial, que llevaba al cuello una cruz de esmeraldas y zafiros, y en ella una sortija de un diamante».

¿Qué es lo que mirando estoy?

¿Qué he ganado y qué he perdido?

CELAURO

Hijo del alma querido,

tu padre, aunque muerto, soy.

LEÓNIDO

De nuevo ahora naciera,

cobrando valor profundo,

cuando la opinión del mundo

por tu hijo me tuviera.

Mas con el dolor crecido

cerca de la muerte estoy.

Desdichado soy, pues soy

antes muerto que nacido.

CELAURO

No, hijo mío, eso no;

que otra fénix has de ser,

pues vienes a renacer

cuando quedo muerto yo.

LEÓNIDO

Sola tu desdicha heredo.

CELAURO

Paga por mí tus abrazos;

pon en tu cuello mis brazos,

que aun abrazarte no puedo.

LEÓNIDO

El pecho sangre despida,

que sólo lágrimas llora.

CELAURO

¡Ay, hijo!, y ¿qué diera ahora

por una sola hora de vida?

Mas, pues tan corta es mi suerte,

que mucha menos espero,

mirar por tu vida quiero

antes que llegue mi muerte.

LEÓNIDO

Mira, señor, por el bien

del alma, y déjame a mí.

CELAURO

Pues ¿no ves, hijo, que así

miro por ella también?

¿Qué medio hallaré mejor

con que deje averiguado

que es mío el ser que te he dado,

y que es tuyo mi valor?

Mas ya imagino y confío

que todo el mundo, y Hungría,

en viendo una firma mía,

te tendrán por hijo mío.

¿Con qué escribiré? ¡Ah, cruel!

LEÓNIDO

¿Eso ahora te congoja?

CELAURO

Mas ¿no es esta sangre roja?

Y ¿no es blanco este papel?

Entrad, valerosa mano,

y estimad mi buen acuerdo,

pues de la sangre que pierdo

sale el remedio que gano.

Metiéndose la mano en el pecho y sacando sangre de la herida, escribe en las espaldas del papel, y déjese caer en los brazos de Leónido.

Tenme.

LEÓNIDO

¡Valor extremado!

¿Qué pecho de duro acero

no se enternece?

CELAURO

Ya muero,

hijo, con menos cuidado.

Agora, mi prenda amada,
para que a tu honor acudas,
si con tu mano me ayudas,
yo te ceñiré mi espada.

Pues a tu lado la pones,

recibe mi bendición,

y espera mi maldición

si la empleas en traiciones.

LEÓNIDO

En mi mano ten por cierto

que ha de ser honrada y fiera.

CELAURO

Otra cosa te dijera:

hijo mío, el Rey me ha muerto.

Tu eres honrado y podrás...

mas, por ser del cielo amigo,

que te vengues no te digo,

sino que ofendido estás.

LEÓNIDO

Ninguna pena, señor,

esos cuidados te den;

que tú me lo dices bien,

y yo lo entiendo mejor.

CELAURO

Abrázame; que la palma

ofrezco ya.

LEÓNIDO

Moriré

de pesar.

CELAURO

Y cuando esté

del todo el cuerpo sin alma,

adonde el Duque, tu agüelo,

está, llevalle podrás,

y junto le enterrarás

de mi Nísi...

LEÓNIDO

¡Justo cielo!

¡Qué! ¿Me dejas y te vas?

¡Padre tan presto perdido!

Sin duda te he conocido

para perderte no más.

Ya partiste ¡Cielo santo!,

si me queréis consolar,

no me escuchéis el llorar

hasta convertirme en llanto.

Porque se acaben los días

que han de hacerme eterna guerra,

haced, ojos, en la tierra,

un mar de lágrimas mías.

¡Ay, ojos, qué bien hacéis!,

pues con sangre la mezcláis,

porque así me consoláis,

creyendo que la veréis.

Pero la tierna tristeza

suspended, fiera esperanza,

y lo que ha de ser venganza

no se convierta en terneza.

Y así juro y prometo, en este punto,

por todo cuanto bueno habita el cielo,

de por sí cada cosa, y todo junto,

a la sangre heredada de mi agüelo,

por quien es bien que mi valor remonte,

y a la que riega y entristece el suelo,

poniendo por testigos a este monte,

campos, árboles, plantas y espesura,

con que adorna y compone su horizonte,

de no mirar del cielo la luz pura,

ni a la tierra, ni a mí, que puedo hacello,

ocupado en mirar mi desventura,

ni mirar de Leonora el rostro bello,

ni ponerme vestido más honrado,

ni cortarme la barba y el cabello,

de ir ardiendo al calor, al frío helado,

y de nunca el acero desta espada

en vaina se ha de ver, ni yo en poblado,

de no llevar la cara levantada,

de no comer sino silvestre fruta,

con los dientes cogida y arrancada,

como bruto animal y bestia bruta,

y si mi tierno llanto y mi querella

me viniese a dejar la boca enjuta,

de no buscar el agua y no bebella

sin primero enturbiar su claro hermoso,

quitando la ocasión de verme en ella,

de no ofrecerme al sueño o al reposo,

sino al tronco de un árbol arrimado,

vigilante de mi agravio, y no medroso,

hasta que el brazo ahora levantado,

tan lleno de valor y de osadía,

me saque de ofendido y de obligado,

hasta poder beber helada y fría,

enjugando estas lágrimas que bebo,

del Rey la sangre, injustamente mía,

para vengar entonces, como debo,

ofensas hechas al valor altivo

deste segundo Aquiles, a quien llevo

muerto en los hombros, y en el alma vivo.

Vase Leónido, llevándose a su padre muerto en los brazos, y sale el Rey.

REY

Injusta mano mía,

de ti salió el rigor que me tormenta;

quité la luz al día,

y agora, en las tinieblas de mi afrenta,

me consume y me asombra,

del muerto sol, la imaginada sombra.

Quien tal hizo, ¿qué espera?

¿Es verdad que maté mi prenda amada?

¡Ay, alma injusta y fiera,

de algún demonio entonces incitada!

¡Ay, corazón! ¿Qué has hecho?

Salta a pedazos de mi airado pecho.

Ya rabio, ya me admiro,

ya lloro, ya me airo, ya recelo.

Desde la tierra miro

la espada, a tu justicia, impíreo cielo,

y que la pide aquella

que fue mi sol, y la eclipsó mi estrella.

¿Cómo perdí el sentido?

¿Qué culpas cometí a mi pena iguales?

Vosotros habéis sido

causa de todo, celos infernales;

que tan penosos duelos

¿quién pudiera causarlos, sino celos?

Sale un Grande.

GRANDE

Sabe, señor, que en tu palacio tienes

casi todos los grandes de tu tierra,

y de gente de lustre hay infinita,

y del vulgo, hasta niños y mujeres.

REY

Y ¿qué la causa ha sido?

GRANDE

Haber llegado

unos hombres villanos en el traje,

y en los hombros traían unas andas,

que, cubiertas de luto y de tristeza,

dieron admiración, y así los siguen

con el deseo de saber la causa.

Ellos, callando a todo, aquí han llegado,

y dejando las andas a la puerta

desta sala, licencia pide el uno

para hablarte en presencia de tu corte.

Dime tu gusto ahora.

REY

Extraños modos

de proceder; ve y diles que entren todos.

Vase el Grande.

¿Qué habrá sido la ocasión

desta novedad? Sin falta

que es en mi daño, pues salta

en mi pecho el corazón.

Salen cuatro Grandes y el Pastor viejo, y Leónido, en hábito de villano, con la espada desnuda, y otra gente.

LEÓNIDO

(Valedme, pecho alterado). Aparte.

Pues aquí obligado llego

de vuestro acero, en el fuego

de mis agravios templado,

aunque honrado, de ofendido

hice, Rey, esta jornada,

con esta desnuda espada

y este vestido, vestido.

Porque así se representa

a la razón. Que me ayuda,

aquí, mi verdad desnuda,

y aquí, vestida, mi afrenta.

Y así pide, en la presencia

de tu corte, mi esperanza,

a tu justicia venganza,

o para hacella licencia.

También con la causa vengo

que me obliga a pretendella,

porque gustando de vella,

veas la razón que tengo.

Mas licencia me has de dar,

porque si hecho de ver

que no lo quieres hacer,

me la pueda yo tomar.

REY

Sea así, que tal estoy,

y tal me contemplo aquí,

que aun para matarme a mí

licencia también te doy.

Corre una cortina Leónido, y parecen en unas andas Celauro y Nísida muertos, y el Duque a sus espaldas.

LEÓNIDO

Mira, pues.

REY

¡Ay, cielo airado!

Dale, y cae a los pies de Celauro y Nísida; llegan los grandes y gente a querelle matar, y el Duque le ampara.

LEÓNIDO

¡Toma traidor!

REY

¡Ay rey triste!

LEÓNIDO

La licencia que me diste

para matarte he tomado.

REY

Justo castigo me envía

el cielo.

GRANDE

¡Muera el traidor!

DUQUE

Matadme a mí, que es mejor,

pues que la venganza es mía.

¿Es posible que os altera,

deudos míos, pueblo amado,

que quien hizo este pecado

le pague desta manera?

GRANDE 3º

¿De un villano el desatino

mata al Rey? Muerte merece.

DUQUE

En el traje lo parece,

y es mi nieto y su sobrino.

Hijo es éste del Infante

y de mi hija y su esposa.

Su suerte maravillosa

es muy cierta, no os espante.

Sosegaos, y aquesta firma

ved que afirma esta verdad,

y estotras señas mirad,

que del todo lo confirma,

Toma de manos de Celauro el papel que escribió lleno de sangre y de las manos de Nísida la cruz que llevaba al cuello.

que esta cruz que aquí se ve

es la que al cuello traía.

Yo la conozco por mía,

como de mi hija fue.

PASTOR

Y yo digo que con ella

lo hallé, y lo puedo jurar,

y muchos testigos dar

de que pudo merecilla.

GRANDE 4°

¡Gran secreto el alto cielo

nos descubrió en este día!

GRANDE 2°

Sin duda el cielo lo envía,

y ha de ser nuestro consuelo.

GRANDE 4º

Pues que vimos sus extremos,

gobernará nuestra grey.

¿Queréisle por vuestro rey?

TODOS

Por nuestro rey le queremos.

DUQUE

No pronunciará mi boca

lo que dijisteis agora;

que a la Infanta, mi señora,

de derecho el reino toca.

GRANDE 4º

¡Dueño queremos varón!

TODOS

Todos lo mismo decimos.

GRANDE 1º

Por nuestro rey lo elegimos.

DUQUE

No consiento en su elección.

Y tú, ¿lo admites?

LEÓNIDO

Señor,

sí admito.

DUQUE

¡Gran desatino!

Traidor eres.

LEÓNIDO

Ya imagino

el cómo no ser traidor.

Calle, que yo seré fiel.

GRANDE 4º

Reciba, pues, tu persona

deste reino esta corona,

que si ahora es de laurel,

con mayor solemnidad,

que yo por todos lo juro,

llevarás la de oro puro

que otorgó su santidad

del pontífice romano,

en aquel dichoso día,

a Esteban, que fue en Hungría

el primero rey cristiano.

Ahora con voz altiva

digan todos, como es ley:

¡Viva nuestro nuevo rey!

TODOS

¡Nuestro rey mil años viva!

Sale la Reina, y la Infanta, cubiertas de luto.

REINA

Si, mis húngaros valientes,

fue vuestro valor profundo,

con ser asombro del mundo,

ejemplo de extrañas gentes,

si en vosotros puede tanto

ley, justicia, ¿qué razón...?

LEÓNIDO

Sosiega tu corazón

y pon riendas a tu llanto.

Atajarte quise ahora

por satisfacerte más,

y tú, Leonora, verás

si es constante quien te adora.

De mi mano has de gustar

que esta corona te dé;

que yo sólo la tomé

para podértela dar.

Quítase la corona y pónela a la Infanta.

INFANTA

Oblígame tanto el vella

de tu mano en esta parte,

que no te pago sin darte

a mi persona con ella.

Y tanto en mi pecho está,

esto, estimado por justo,

que daré licencia al gusto,

si mi madre me la da.

REINA

No te la puedo negar.

Pues es justa, yo la doy.

DUQUE

Y yo, hijos, tal estoy,

que casi pierdo el pesar...

LEÓNIDO

Pues doy principio a esta gloria...

INFANTA

Por hacer, sin fin, mi bien.

LEÓNIDO

Y para dalle también,

alegre, a tan triste historia.

Fin

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

